ECLIPSE PARCIAL,

COMEDIA EN TRES ACTOS,

POR

DON ANTONIO GARCIA GUTIERREZ.

Representada en el teatro del Príncipe la noche del 24 de Diciembre de 1863.

MADRID:
ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA,
CALLE DE LA PALMA, N. 1.
1865.

PQ
6523
G2835
E29
1863

STORAGE-ITEM
LPC

LPA-D46A

U.B.C. LIBRARY

THE LIBRARY

THE UNIVERSITY OF
BRITISH COLUMBIA

ECLIPSE PARCIAL,

COMEDIA EN TRES ACTOS,

POR

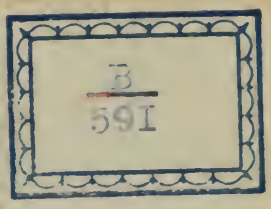
DON ANTONIO GARCIA GUTIERREZ.

Representada en el teatro del Príncipe la noche del 24 de Diciembre de 1863.

MADRID:
ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA,
CALDERON DE LA BARCA, N. 4.
1863.

Q
523
2835
29
863

ECLIPSE PARCIAL,



COMEDIA EN TRES ACTOS,

POR

DON ANTONIO GARCIA GUTIERREZ.

Representada en el teatro del Príncipe la noche del 24 de Diciembre de 1863.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1863.

PERSONAJES.	ACTORES.
SOFIA.....	SRAS. D.ª MATILDE DIEZ.
ADELA.....	ADELAIDA ALVAREZ.
ISABEL.....	ADELAIDA ZAPATERO.
EL CONDE.....	SRES. D. MANUEL CATALINA.
CÁRLOS.....	JUAN CATALINA.
FACUNDO.....	MANUEL PASTRANA.
ANTON.....	ANTONIO MENDOZA.
FRANCISCO.....	MARIANO FERNANDEZ.

La accion pasa en Madrid y en nuestros dias.

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, quien perseguirá ante la ley al que la reimprima ó represente sin su permiso.

Los Corresponsales y agentes de la *Administracion Lírico-dramática* son los encargados exclusivos de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que exige la ley.

ACTO PRIMERO.

Gabinete de la casa del conde: puerta al fondo, por donde se vá al exterior, y otra á cada lado, de las cuales, la de la izquierda conduce á las habitaciones de Adela, y la opuesta á otras piezas de la casa. Muebles elegantes, entre los que hay un velador y sobre él un album de dibujos, y libros revueltos. Al levantarse el telon, está Isabel en la escena, y el conde entra por la puerta del fondo, con el sombrero puesto.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE, ISABEL.

CONDE. Dila á tu ama que la espero
aqui.
ISABEL. Puede usted tomar
asiento.
CONDE. Lo sé.
ISABEL. Y dejar...
CONDE. Qué he de dejar?
ISABEL. El sombrero.
CONDE. Te estás burlando de mí?
ISABEL. Qué la digo?
CONDE. (Ya me irrita.)
ISABEL. La avisaré que hay visita? (Con sorna.)

CONDE. La dirás que estoy aqui. (Con impaciencia.)
ISABEL. Voy, señor! (Váse por la izquier da.)

ESCENA II.

El CONDE; luego ADELA.

CONDE. Habrá insolente!
—Ya sabrá al pie de la letra
sin duda!... Y qué no penetra
la malicia de esta gente?
—Martin! el ansiado plazo
se acerca, y las horas pasan
lentas!...—Si no me descasan,
me pego un pistoletazo.
Carlota no quiere oirme
hasta ver el testimonio
que anula mi matrimonio:
entre tanto se está firme.
Pues lo verá, asi me cueste...
ADELA. Aqui tú, Martin? (Saliendo por la izqu ie rda.)
CONDE. Si, hermosa!
ADELA. Tú visitando á tu esposa?
pero dí: qué exceso es este?
CONDE. Tienes razon: no debí
venir, haciendo ilusoria
esa linea divisoria...
—Tú vives aqui, yo allí...
Te he cedido lo mejor
de casa, de tal manera,
que ya, hasta de la escalera
me sirvo, del aguador.
Mas si hoy logro mi rescate...
ADELA. En lo que dices repara,
y si es que me echas en cara...
CONDE. No digas tal disparate!
Pero ya que de mis vicios
clarin perdurable seas,
es bueno tambien que veas
y cuentes los sacrificios.
Yo me he podido marchar
con la música á otra parte:

mas no era noble dejarte
de ese modo irregular.
Cuando de la ley el fallo
rompa esta penosa traba
en que te encuentras esclava,
y yo oprimido vasallo,
entonces habrá ocasion
de dar, sin rubor ni prisa,
la campanada precisa
de nuestra separacion.

ADELA. Ya sabes que si he llevado
con pena este santo yugo...

CONDE. Es por el feroz verdugo
que el cielo te ha deparado.
Si ya es antigua esa historia,
ó mejor dicho, novela.

ADELA. Has de oirla.

CONDE. Pero Adela!...
si la sé ya de memoria!

ADELA. Sé que tu cariño tienes
cautivo en brazos ajenos:
que gastas... pero es lo menos
la pérdida de tus bienes.
Y al concierto conyugal;
qué ofreciste?

CONDE. Sacrificios...

ADELA. Los groseros desperdicios
de un corazon desleal.

CONDE. Hablémonos sin encono,
y vaya al diablo el repulgo:
hija mia, deja al vulgo
esas salidas de tono.
Los celos impertinentes
son para el odio reclamos.
—Hay qué romper? pues rompamos
como personas decentes.
Y puesto que ya me dejas
libre, no seas contumaz!
haya entre nosotros paz,
y acábense ya las quejas.

ADELA. La libertad! es verdad!
bajo esa palabra hermosa,

encubris...

CONDE. Pues dime, hay cosa
como tener libertad?
De todos los oprimidos
es la santa panacea:
todo el mundo la desea,
y en especial los maridos.
Cuando la paz del consorcio
en discordia se convierte,
el amor llama á la muerte:
quiero decir, al divorcio.
Uno y otro hemos pensado,
de acuerdo por vez primera,
en que era violento, y era
insostenible este estado;
pues bien, Adela; qué mas
quieres? sella al fin tus labios.
Á qué recordar agravios
y volver la vista atrás?

ADELA. Lo que quiero, y muy de veras,
es que confieses que tengo
la razon...

CONDE. Si yo convengo
en todo lo que tú quieras!

ADELA. Que tu conducta traidora,
á este paso me ha impelido.

CONDE. No es mas que eso? concedido.
—Qué mas pide mi ex-señora?

ADELA. Que el motivo en que me fundo
sepa Madrid.

CONDE. Y el Perú!
y el Indostan!—Sabes tú
lo que yo desprecio al mundo.

ADELA. Esa es la razon del necio
y del perdido.—Infelices!

CONDE. Adela! (Con seriedad.)

ADELA. Martin?

CONDE. Qué dices?

ADELA. Que te duele mi desprecio.

CONDE. Cuidado!

ADELA. Te desafio
á que...

CONDE. Mi paciencia es corta.
ADELA. El del mundo no te importa
y te desconcierta el mio!
CONDE. Si digo que desvaria!
ADELA. Contradiccion singular!
—Mira que voy á pensar
que es una galanteria.
CONDE. Es verdad! y aun me deleito...
(Con todo irónico.)
ADELA. Á qué vienes?
CONDE. Si aquí estoy,
es para decirte que hoy
debió sentenciarse el pleito.
No sé por qué, desconfio...
ADELA. Qué quieres?
CONDE. Tú por tu lado
escríbele á tu abogado,
que yo voy á ver al mio.
Supongo, ó es la impaciencia
en que mi corazon arde,
que habrán tenido esta tarde
aviso de la sentencia.
ADELA. Pierde el cuidado.
CONDE. Yo salgo
y te diré cuando venga...
—Escribirás?
ADELA. Si.
CONDE. Que tenga
que darte gracias por algo.
(Váse por el fondo.)

ESCENA III.

ADELA, luego ISABEL.

ADELA. Cuál me tiene aborrecida!
(Tira del cordon de la campanilla.)
y para un alma sensible...
—Ha hecho bien! era imposible
sobrellevar esta vida.
ISABEL. Señora?
ADELA. Tráeme recado

de escribir: y si no, deja...
(Mi dignidad lo aconseja!)
No ha venido ese criado?

ISABEL. No ha venido todavia,
y lo encargué.

ADELA Es mucho aprieto
vivir asi!

ISABEL. La prometo
que vendrá: descuide usia.

ADELA. Arregla esa mesa. (Váse por la izquierda.)

ESCENA IV.

ISABEL, luego FRANCISCO.

ISABEL. Voy.
(Echa una mirada á la mesa.)
Está bien: no es necesario.
Aun no he leido el *Diario*
de Avisos.—Qué bien estoy!
(Se sienta en una butaca y coge el *Diario de Avisos*, que está sobre el velador.)
Esta es casa! esto se llama
servir! esto es conveniencia,
y todo menos conciencia;
pero la culpa es del ama.
Si ella no repara apenas
en su casa, he de ser yo
quien tenga cuenta... Eso no!
no pago culpas ajenas.
Lo quiere? pues no se asombre
por ello: para qué es blanda?
Sobre todo, quién la manda
no tener en casa un hombre?

FRANC. Señora, me ha dirigido
(Por el fondo, pero quedándose á la puerta.)
hácia aqui la cocinera...
Soy el criado nuevo.

ISABEL. Espera. (Sin volver la cara.)

FRANC. (La casa me ha parecido
de recibo.)

ISABEL. Todavia

anda aqui el Rob... esto es droga!
—Betun... polvos de Quiroga...
—Acércate.

FRANC. Manda usia? (Adelantándose.)

ISABEL. Paco!

FRANC. Isabel! qué sorpresa!

ISABEL. Y grande!

FRANC. De gozo estoy...
—Qué haces aqui, chica?

ISABEL. Soy
doncella de la condesa.
—Á quién buscas?

FRANC. Ya no busco:
pregunto, hago falta aquí?
tú eres de casa, y así...

ISABEL. Pues no es usted poco chusco!
Con que piensa usted que yo
le ayude...

FRANC. No es cosa nueva.

ISABEL. Á que se coma esta breva!

FRANC. Lo supongo; y por qué no?

ISABEL. Flaco es usted de memoria!

FRANC. Cuando digo!...

ISABEL. Descarado!

FRANC. Vamos! ya! no has olvidado
los celos de la Gregoria.
Mas fué injusta tu porfia!
luego diste en apretar
la clavija, y en rabiar...
—No se me olvida aquel dia.
Hubo dicterios y quejas,
y en aquella batahola
yo me apeé por la cola...

ISABEL. Cierto.

FRANC. Y tú por las orejas.
Entrambos hicimos mal,
con que en paz.

ISABEL. Si, si! buen modo...

FRANC. Orejas y cola, todo
es parte del animal.
Con que... mira! prescindamos
de quejas impertinentes:

la guerra entre los sirvientes
solo es bien para los amos:
y si, segun la apariencia;
aqui hay ocasion propicia
de... pues! tú no eres novicia
y conoces mi conciencia.

ISABEL. Te quedarás.

FRANC. Isabel!
con que al fin me has perdonado...
—Digo mal! me he equivocado!
yo siempre te he sido fiel.

ISABEL. Pues como tu mala fama
se ignora aqui...

FRANC. Te prevengo...
(Con gravedad cómica.)

ISABEL. Y por fin, como yo tengo
la confianza del ama...

FRANC. Pues ya que estamos conformes,
ahora me importa saber
de los amos, para ver
si me gustan los informes.

ISABEL. Justo!—Aqui anda todo, manga
por hombro.

FRANC. Asi se concilia
la paz...—Y hay mucha familia?

ISABEL. Dos mujeres.

FRANC. Buena ganga.
Ya sabes por dónde vas!
—Hombres solos, ó mujeres!
De la union de estos dos seres
nace la fuerza: y qué mas?

ISABEL. Casada la una.

FRANC. Eso es malo.

ISABEL. Mas separada.

FRANC. Eso es bueno.

ISABEL. De carácter sin veneno;
criadas en el regalo.

FRANC. Habrá un amante, se entiende.

ISABEL. No.

FRANC. No? por fuerza lo habrá.

ISABEL. Yo no he visto...

FRANC. Eso será;

que no has dado con el duende:
y si averiguarlo intentas,
á la larga ó á la corta...
—Mas vamos á lo que importa;
ajusta el ama las cuentas?

ISABEL. Huy! cuentas una mujer
de tanto rumbo! eso salta
á los ojos! Ahora falta
que tú las sepas hacer.

FRANC. ¿Y la otra?

ISABEL. No hay ejemplar
de que inspeccione ni riña...
en fin, esta es una viña
que aun está por vendimiar.

FRANC. La vendimiaremos: si!
de otro modo hiciera el primo.

ISABEL. Para mí el mejor racimo.

FRANC. Y lo demas para mí.

ISABEL. ¡Eh! ya tienes acomodo!
éntrate por esas vides!
cosecha, pero no olvides
que á mí me lo debes todo.
El saliente era un borrico
si los hay; pues hazte cargo
que era honrado, y sin embargo
ha salido casi rico:
y tú, con mayor razon,
no has de quedarte por puertas!
y yo... no digo!

FRANC. Despiertas
con eso mi emulacion!

ISABEL. Y no te parece justo
que este encuentro inesperado
celebremos?

FRANC. Aprobado.

ISABEL. ¿Cómo ha de ser?

FRANC. Á tu gusto.
Tu voluntad es mi ley.

ISABEL. Toma para luego un coche.
—Vamos á ver esta noche
el Zapatero y el Rey.

FRANC. Isabel! y las señoras?

ISABEL. Á casa de un primo van
esta noche: hay té *dançant*,
y vienen luego á unas horas!...
FRANC. Muchacha!

ESCENA V.

DICHOS, y ADELA con una carta en la mano.

ADELA. Quién está ahí?
FRANC. Perdone usia.
ISABEL. El criado
nuevo, que hemos encargado.
ADELA. Y por quién viene?
ISABEL. Por mí.
ADELA. Ya sabes lo que en tí fio.
—De dónde eres?
FRANC. De Daroca.
(Isabel hace un gesto de extrañeza. Francisco la guiña el ojo.)
ADELA. Le conoces? (Á Isabel.)
ISABEL. Y aun me toca
de cerca: si es primo mio!
ADELA. Hola, siendo eso verdad...
FRANC. Y no he servido hasta ahora.
—Aqui tiene la señora
mi carta de vecindad.
—Tomás Querol.
(El mismo juego anterior.)
ADELA. No hay que ver,
puesto que Isabel responde...
ISABEL. Se lo aviso al señor Conde?
ADELA. Para qué! no es menester.
(Isabel mira con intencion á Francisco.)
Cada cual tendrá su casa.
—Sabes de cuentas?
FRANC. Soy franco:
algunas veces me atranco;
pero sobando la masa...
Y aunque no sepa contar
muy bien, algo entiendo de esto.
Sumo, y sobre todo, resto:

no tanto multiplicar.

ADELA. Eso basta.

FRANC. Si algo ignoro,
lo aprenderé de contado;
que soy muy aprovechado.

ISABEL. Ya verá usted qué tesoro! (Ap. á Adela.)

ADELA. Estás recibido.

ISABEL. Ves?
si mi señora es mas buena!...

FRANC. Yo me doy la enhorabuena
y beso á usia los pies.

ADELA. (Es mozo fino.)

ISABEL. Trabaja
y sé fiel, que lo merece
la señora.

ADELA. (Me parece
que he encontrado aqui una alhaja.)

ISABEL. Á ver cómo desempeñas
tu cargo; á la mira estoy.

ADELA. Tomás: esta carta...

FRANC. Voy.
—Adónde?

ADELA. Lleva las señas.
(Saluda Francisco y váse por el fondo.)

ESCENA VI.

ADELA, ISABEL, luego SOFIA.

ADELA. ¡Buena traza de criado!
—Sofia, vienes á tiempo:
iba á llamarte.

SOFIA. Pues qué
sucede?

ADELA. Nada.

SOFIA. Te encuentro
mas que otras veces...

ADELA. Acaba
de salir mi esposo...—Déjanos.
(Á Isabel, que se vá.)
Hemos tenido una escena
violenta y de muy mal género;

pero ha escuchado verdades...

SOFIA. Perdona si no me alegro.

ADELA. Pues hay otro medio ya?

SOFIA. Yo no sé si hay otro medio;
lo que sé decirte, hermana,
es... la verdad: que lo siento.

ADELA. Lo mejor es olvidar
lo que no tiene remedio.
—Vamos á lo que te importa.
Ya es preciso poner término
á esta situacíon, mirando
á mi paz y á tus deseos.
Hoy debe de haber quedado
mi matrimonio disuelto;
por tanto, ya no estás bien
á mi lado.

SOFIA. Cómo es eso?
por qué?

ADELA. Porque no me oculto
de mi situacion los riesgos.
Al lado de mi marido,
no digo... pero en mi nuevo
estado...—Cárlos te quiere,
y es tan juicioso y tan bueno!

SOFIA. No es verdad?

ADELA. Un poco grave.

SOFIA. No busques hombre perfecto.

ADELA. Á quién se lo dices!—Pues
ya que os encontrais de acuerdo,
á qué dilatar el dia
del suspirado himeneo?
—Pobre hermana! hágate Dios
mas feliz...

SOFIA. Y si no quiero
casarme?

ADELA. Pues no me has dicho
que le amas?

SOFIA. Y lo confieso.
No con la ardiente pasion
que ofusca el entendimiento:
estimo sus buenas prendas
y conozco sus defectos.

ADELA. Eso es mejor.
SOFIA. Ya lo sé;
y tengo el convencimiento
de que me hiciera dichosa.
ADELA. Y sin embargo...
SOFIA. Me niego.
ADELA. Explícate.
SOFIA. Tú te quedas
sola en el mundo, y primero
que abandonarte, en perder
mi felicidad consiento.
ADELA. Sofia!
SOFIA. Huérfanas somos:
unidas siempre estaremos,
que ampararse y protegerse
es el deber de los huérfanos.
Yo aqui contra las calumnias
de las gentes te defiendo:
tú me amparas con tu sombra,
y entrambas nos protegemos.
ADELA. Si antes lo hubiera sabido,
Sofia...
SOFIA. Qué hubieras hecho?
ADELA. No diera nunca este paso.
SOFIA. De veras? (Con eso cuento.)
ADELA. Sufriria resignada
mis males.
SOFIA. Ojalá!
ADELA. Y eso
que es necario tener
paciencia para vencerlos.
—En fin, ya lo pensarás
mejor.
SOFIA. Conoces mi genio,
y ya sabes que una vez
determinada, no cedo.

ESCENA VII.

DICHAS y D. CÁRLOS.

SOFIA. Cárlos.

CARLOS. Adela! Sofia! (Muy alegre.)
ADELA. Hola! viene usted contento,
á lo que parece.
CARLOS. Y mucho.
ADELA. Si?
ARLOS. Mi esperanza es ya un hecho!
ya soy juez!—Trátenme ustedes
con el debido respeto.
SOFIA. Doy mi enhorabuena á usia.
CARLOS. Asi!—No cabe en mi pecho
el gozo.—Ya puede usted (Á Adela.)
apresurar...
ADELA. Oyes eso?
SOFIA. Ya oigo.
ADELA. Yo salgo un instante.
—Usted la dará consejos
que no por interesados
valdrán á sus ojos menos.
Óyelos, querida hermana!
—Perdone usted si le dejo
de este modo...
CARLOS. Sabe usted
que yo no estorbo.
ADELA.. Hasta luego. (Váse.)

ESCENA VIII.

SOFIA, CÁRLOS.

CARLOS. El intróito no me agrada:
dime, Sofia; qué es esto?
SOFIA. Que mi buena hermana, quiere
casarnos, y en breve término.
Ahora mismo me lo acaba
de proponer.
CARLOS. Buen proyecto!
SOFIA. Y que me he negado yo
á aceptar, tambien es cierto.
CARLOS. Que te has negado?
SOFIA. Si, Cárlos:
redondamente.
CARLOS. Eso es serio!

—No me amas ya?

SOFIA. Más que nunca.

CARLOS. Siendo asi, qué impedimento...

SOFIA. No lo comprendes?

CARLOS. Te juro
que...—Vamos! no lo comprendo.

SOFIA. Mi hermana se queda sola
en el mundo.

CARLOS. No te niego...

SOFIA. Y la soledad, en ella,
separada de su dueño,
es la desesperacion
y es el escándalo á un tiempo.
Nada por ella me asusta;
yo sé que es honrada, pero
no hay honra donde hay calumnia,
y en Madrid hay mucho de esto.
Mi hermana no lo ha mirado
de este modo, y... qué le hacemos?
hay mujeres que son buenas,
pero que no saben serlo.
Mas, pues ella fué mi amparo
y mi madre tanto tiempo,
Cárlos, estoy obligada
á pagar lo que la debo.

CARLOS. Y eso es solo?

SOFIA. Me conoces
bastante?

CARLOS. Si, si! te creo.
—Honrado es ese reparo.

SOFIA. Y qué dirás si me llevo
tambien oculta intencion?...

CARLOS. En no casarte?

SOFIA. En efecto.

CARLOS. Explícate.

SOFIA. Si mi hermana
conoce que estoy sufriendo
por ella; si vé que ahogo
mis legítimos deseos,
quién dice que no aproveche
una ocasion, un pretexto,
para reanudar deberes

consagrados por el cielo?
Y tú tambien, si te llama
de mi amor el blando cebo;
dime, no harás, Cárlos mio,
por ayudar mis proyectos?

CARLOS. Y cómo si he de ayudarte!

SOFIA. Pues bien: aguza el ingenio.

CARLOS. Puesto que mi auxilio imploras,
yo hallaré la medicina...

ESCENA IX.

DICHOS, ISABEL, que se queda á la puerta, luego D. FACUNDO.

ISABEL. Don Facundo Malespina
pregunta por las señoras.

SOFIA. Don Facundo, dices?

CARLOS. Pues!
no caes?...

SOFIA. Entre tanta gente!...

CARLOS. Cómo! es aquel maldiciente.

SOFIA. Ah! vamos! ya sé quién es.

CARLOS. Uña y carne de Martin.

SOFIA. Con amigos de esa clase,
qué ha de suceder?—Que pase.

ISABEL. Puede usted entrar. (Hablando hácia dentro.)

FAC. (Saliendo.) Por fin!
(Váse Isabel.)
—Cárlos!

CARLOS. Don Facundo!

FAC. Bravo!
aun tienes aqui tu centro!
donde te dejé te encuentro!
Chico! tu paciencia alabo!

CARLOS. Sofia... (Señalando hácia donde está Sofia.)

FAC. Qué distraido!
no habia reparado en ella!
—Beso á usted los pies.—Tan bella
como siempre!

SOFIA. Bien venido. (Con frialdad.)

FAC. Mil gracias.—Y mi señora
la condesa?

SOFIA. Ya vendrá.
FAC. Qué dices, Cárlos? no está
mas bella y mas seductora?
SOFIA. Gracias.
FAC. Pero esa tardanza,
diga usted; qué significa?
Hay que decir á esa chica
que yo soy de confianza.
Los cumplimientos conmigo
no se entienden.
SOFIA. Desde hoy
le advierto á usted...
FAC. Pues no soy
del conde el mejor amigo?
SOFIA. Sin embargo...
FAC. Pues qué pasa?
SOFIA. Es...
FAC. Qué novedad es esa?
CARLOS. Es que el conde y la condesa
se han dividido la casa.
FAC. Hombre!
CARLOS. Como usted sabrá
al cabo!...
FAC. Ya lo sospecho.
CARLOS. Viven bajo el mismo techo;
pero ella aquí, y él allá.
(Señalando hácia el fondo.)
FAC. Hombre! Y para eso rodeas
tanto? hay mas que hablarme claro?
—Pero ahora que lo reparo,
Cárlos! ya no me tuteas!
Olvidas de la amistad
de la infancia, el privilegio?
Compañeros de colegio
hemos sido.
CARLOS. Eso es verdad;
pero dos años de ausencia,
pensé que hubieran bastado...
FAC. Si: dos años que he pasado
en la risueña Valencia.
SOFIA. Buen pais!
FAC. Pero no hay nada

que con paciencia soporte
cuando no vivo en la córte;
en la villa coronada.

CARLOS. Y... vienes bien?

FAC. Si, á fé mia!
he hecho un bonito vïaje!
Me han robado el equipaje
y todo cuanto traia.

CARLOS. Calle!

FAC. No soy muy bisoño!
ya ves! pues hasta el dinero!
—Nunca he entrado tan ligero
en la villa del madroño.
Un mes hace que en Madrid
estoy, desde aquel desastre,
con mi imperturbable sastre
en cruda y constante lid.
Comprenderá que en el mundo
no estoy haciendo gran falta.
—En fin, hoy me ha dado de alta:
ya hay de mas un vagamundo.

CARLOS. Un mes!

FAC. Y parece broma.

CARLOS. Pero quién te ha despojado...

FAC. No me hables de eso: un criado;
un pillo como una loma.
Me pintaron su honradez
tanto, que abriendo mi seno,
dije: «Encontré un hombre bueno!
será la primera vez.»
Buena opinion, fiadores
de su conducta!...

CARLOS. Á que sales
con que son todos iguales!

FAC. Eso no! los hay peores.

SOFIA. Aun sigue siendo el Facundo
aquel!

FAC. Hágase usted cargo!
—Odio al mundo, y sin embargo
no me encuentro sin el mundo.
Con él en perpétuo cisma
vivo: qué medio me queda?

Él me dá mala moneda
y yo le pago en la misma.

ESCENA X.

DICHOS y ANTON, por el fondo.

ANTON. Prima! Cárlos! buenas noches.
(Sofia le advierte con un ademan la presencia de don Facundo.)
—Usted me ha de perdonar! (Se saludan.)
SOFIA. Don Facundo Malespina.
FAC. Soy...
SOFIA. Don Anton Barragan,
mi primo.
ANTON. Su primo.
FAC. (Cara
tiene de eso.)
(Sofia se dirige al velador, delante del cual se sienta.)
SOFIA. (Á Facundo.) Usted será
tan bueno que me dispense...
FAC. Oh! con toda libertad!
SOFIA. Estoy pintando un paisaje,
y quisiera consultar
á Cárlos.
FAC. Que es un artista! (Con malicia.)
SOFIA. Y tiene un gusto especial
en estas materias.
CARLOS. Gracias.
SOFIA. Asi podemos hablar. (Ap. á Cárlos.)
ANTON. Con que usted tambien frecuenta
la casa.
FAC. Por mi amistad
al conde.
ANTON. Yo no recuerdo
si le he visto por acá.
Es cierto que mis quehaceres,
mi posicion oficial...
FAC. Es usted...
ANTON. Soy *funcionario*
público.
FAC. En tan corta edad!

ANTON. Y qué tiene que ver eso
para que uno coma el pan
del Estado?
FAC. (Con tener
buen colmillo...) Eso es verdad.
ANTON. Y como el jefe es mi tio,
que es el ángel tutelar
de mi casa, voy creciendo
á su sombra paternal.
FAC. Tio y jefe?
ANTON. No hay en eso
incompatibilidad.
FAC. En efecto.—Y de ese modo,
no hay duda, usted crecerá
como el arroz y la espuma.
ANTON. En eso hay mucho que hablar.
Tres meses hace que tengo
veinte mil reales no mas.
FAC. Nada mas?
SOFIA. Qué picardia,
Anton!
ANTON. Tambien es verdad
que ha habido que hacer allí
un pisto descomunal.
Pero es lo que dice el tio;
«ello es preciso buscar
puesto digno, para un chico
de tanta capacidad.»
FAC. Dice bien.
ANTON. Y todavia
son capaces de chillar!
Porque he dado cuatro saltos,
que me rio de Leotard,
nos han hablado de canas,
de saber, de probidad,
de nepotismo, y en fin,
hasta de leyes: qué mas?
—Cuándo seré diputado!
si yo tuviera la edad!...
SOFIA. Qué harias?
ANTON. Cómo qué haria?
lindas cosas! ya verás!

Diria... «Representantes
de la libre voluntad
de la nacion,—prescindiendo
de la influencia moral.
—Qué somos aqui? qué hacemos?
voy á decirlo: esperad.
Ya habeis visto las arañas,
fabricando sin cesar
redes...»—Eh? qué te parece (Á Sofia.)
el símil? soy mas truhan!
«Viene un moscon, ó abejorro
ó zángano:» me es igual;
«y rompe la tela, fuerte
para mosquitos no mas.»
Aqui siento estremecerse
la silla presidencial,
y rumor en las tribunas,
y toses aqui y allá.
«Leyes hacemos, señores:
para qué?—*Oid*! *Escuchad*!
(Figurando las voces del público.)
Para que venga el ministro,
ó el jefe, ó el oficial,
ó el director, ó el portero,
y digan:—No pasarás
de aqui, mi señora ley,
como dijo Dios al mar.
Pues, señores, si este paso
á la postre han de llevar
el no de la oposicion
y el sí del ministerial,
aprovechemos el tiempo
en cosas de utilidad.
El presupuesto es mezquino:
es necesario crear
otras carteras, porque esta
es la ley fundamental.»
¡Pues! con ocho ministerios,
es posible administrar
un pais que tiene fama
de díscolo? Usted dirá.
(Á Facundo.)

Asi hay menos enemigos,
y mas conque contentar.
—El pais es rico.

FAC. Mucho.

ANTON. Y á nadie le falta un pan:
yo lo sé de buena tinta.
En fin, esto marchará
cuando la mitad de España
mantenga á la otra mitad.

FAC. Seguro!

ANTON. Si es tan sencilla
la ciencia de gobernar!

FAC. (Me vá cargando este niño!)

CARLOS. En fin: yo tengo mi plan. (Ap á Sofia.)

SOFIA. Y yo no puedo saberlo?

CARLOS. Aun no.—Si pudiera hablar
á solas con don Facundo...

SOFIA. No es mas de eso? le hablarás.
—Anton.

ANTON. Prima?

SOFIA. Ven conmigo,
que te quiero consultar
sobre las flores que debo
llevar al baile.

ANTON. (Qué tal!
si me distingue!) (Dándola el brazo.)

SOFIA. Ha traido
Juliana, musgo, azahar,
flor de granado...

ANTON. Prefiero
el musgo con *resedá*. (Váuse por la izquierda)

ESCENA XI.

CARLOS, FACUNDO.

FAC. Tu Sofia es un tesoro.
—Ay! me ha aliviado de un peso!

CARLOS. Cuál?

FAC. Cuál!—Ya se vé! el que preso
como tú, en cadenas de oro,
con ojos embrïagados

el rostro querido admira,
ni piensa, ni oye, ni mira.
—Dichosos enamorados!

CARLOS. Lo dices por...

FAC. Cuánta andrómina!
Has visto un impertinente...

CARLOS. El chico mas inocente
de cuantos reciben nómina.

FAC. Y dí; no te desconsuela
saber que eso come pan
del Erario?

CARLOS. Si.

FAC. No van
ya los niños á la escuela?
Pero qué me dices, hombre,
de nuestro amigo Martin?

CARLOS. Calla!

FAC. Con que al fin...

CARLOS. Al fin...

FAC. No es decir que yo me asombre,
ni por eso ni por nada;
pero una mujer tan bella,
tan cariñosa!... porque ella
era aqui la enamorada.

CARLOS. Pues la demanda ha partido
de Adela.

FAC. Es que tiene un genio!

CARLOS. Mas fué por mútuo convenio:
asi es que él se ha defendido
para cumplir, tibiamente,
y por el bien parecer,
ha dejado á su mujer
en el lugar conveniente.
Nuestro amigo se ha portado
con nobleza; eso es aparte.

FAC. Ya lo creo!— Y de qué parte
has sido tú el abogado?

CARLOS. Pleitos de esa condicion
en mi vida los acepto:
soy el hombre mas inepto
cuando no tengo razon!

FAC. De modo que la condesa

es ya libre.

CARLOS. Hoy ó mañana
lo será.

FAC. De buena gana...

CARLOS. Jurara que no te pesa.

FAC. Hombre! si verdad te digo...
—Á tí nada te se esconde!

CARLOS. Cierto.

FAC. Á no ser yo del conde
tan noble, tan buen amigo!...

CARLOS. Eso no te importó nada,
ya há tiempo.

FAC. Tienes razon:
la hice una declaracion,
aunque tibia y embozada.
Mas las pretensiones mias
fallaron: tiene una escuela!
siempre las tomaba Adela
por meras galanterias.

CARLOS. Mendigo de amor has sido
pretendiendo á una mujer
casada, que eso es querer
desperdicios del marido;
el que tiene tal empeño,
tras de vivir con zozobra,
solo alcanza lo que sobra
al apetito del dueño.

FAC. Pero rotas sus cadenas
esta vez, ya no es lo mismo.

CARLOS. No es tanto mi rigorismo:
yo hablo de prendas ajenas.

FAC. Eso bien.

CARLOS. No hay para qué
embozar tus pretensiones.

FAC. Ya no tiene obligaciones.

CARLOS. Ni la excusa de la fé.

AC. Á la primera ocasion
sabrá que en amor me abrasa.

CARLOS. Pues esta noche vá á casa
de su primo.

FAC. Habrá reunion?

CARLOS. Hay baile y té.

FAC. Qué me alegro!
asi ni el tiempo se pierde.
—Me dice que si, té verde:
me dice que no? té negro.
CARLOS. Ya no temes sus enojos?
FAC. Libre de tender mis redes
soy.
CARLOS. Es verdad: y hasta puedes
hacerla bajar los ojos.

ESCENA XII.

DICHOS y el CONDE por el fondo.

FAC. Martin!
CONDE. Quién?
FAC. No me conoces?
CONDE. Facundo! amigo! es verdad?
FAC. Si, querido! tu amistad
me estaba llamando á voces.
Dejé la tierra del Cid...
CONDE. Y por mucho tiempo?
FAC. Espero
no dejarte hasta febrero.
CONDE. Pobre villa de Madrid!
FAC. Qué dices?
CONDE. Que emigro al Asia...
FAC. Pues?
CONDE. Ó al nuevo continente.
Ha llegado el maldiciente...
FAC. Martin!
CONDE. Por antonomasia!
FAC. Hombre! hombre!
CONDE. En eso eres fiel
á tu historia: no te extraño.
—Oyes, Carlos? le hace daño
cuando se murmura... de él.
CARLOS. No entiendo esa quisicosa.
CONDE. Vamos! eh! confiesa que eres
en ese punto...
FAC. Y qué quieres?
merece el mundo otra cosa?

No se queje de mi porte.

CONDE. Él tambien te lo reintegra.
Qué reputacion tan negra
tienes en toda la córte!

FAC. Quién! yo?

CONDE. Por tu mala vida!

CARLOS. La fama asi lo proclama.

FAC. No diré que no: la fama
es una mujer perdida.
Pues no digo su comparsa!
(Con indignacion creciente.)
tras de impudente y parlera
es tambien la compañera
de la calumnia y la farsa.
Ni al mas honrado varon
su rara virtud perdona:
por ella no hay ya matrona
ni vírgen con opinion.
Le duelen las alegrias,
solo con el vicio es blanda;
¡pero, qué ha de hacer quien anda
en tan malas compañias?

CONDE. ¿Oyes? (Á Cárlos con admiracion cómica.)

CARLOS. Ya oigo.

CONDE. ¡Qué andanada!
—Facundo! estoy conmovido!
Pero hombre! te has convertido?

FAC. La fama no importa nada.

CARLOS. Pobre amigo: me das pena!
y qué máximas difundes!
—Hay dos famas, y confundes
á la mala con la buena;
y el que quisiere vivir
estimado en este mundo,
ese, no puede, Facundo,
de la buena prescindir.

FAC. Si la hay buena, todavia
no lo sé.

CARLOS. Desgracia ha sido...

FAC. Te juro que no la he oido
decir: «Esta trompa es mia.»

CARLOS. Entonces, por qué te extraña?...

CONDE. Es apariencia no mas.
FAC. Hace mucho que no vas
á casa de la de Ocaña?
De tu olvido se me queja.
CONDE. Tuve un disgusto...
FAC. Pueril!
pero hoy volverá al redil
la descarriada oveja.
CONDE. Hombre, aquello no promete,
y la banca...
FAC. Ya no priva:
hoy lo que allí se cultiva
es el noble sacanete.
Iremos allá en un brinco.
CONDE. Y tanta momia caduca!
FAC. Calla! si hoy allí no hay cuca
que pase de veinte y cinco!
Y buenas caras!
CONDE. Perdona;
pero...
FAC. Qué?
CONDE. No me conviene.
FAC. Te desconozco.
CARLOS. (Esto tiene
apariencias de encerrona.)
FAC. Qué es eso? aun estás perplejo,
ó temes?... Las cosas claras.
CONDE. Iré contigo.
FAC. (Acabaras.)
CONDE. Pero á las once, te dejo.
CARLOS. (Terribles son los indicios.)
FAC. Hola! ¿tenemos negocio
de?... (Con malicia.)
CONDE. Pues! (Sonriéndose con fatuidad.)
FAC. Haces bien: el ocio
es el padre de los vicios.

ESCENA XIII.

DICHOS, ADELA y SOFIA, en traje de baile.

CARLOS. Cuenta que alguien viene.

FAC. Quién?
—Adelita! (Se dirige hácia ella saludándola.)
ADELA. Bien venido!
Ya por mi hermana he sabido
que ha llegado usted con bien.
—Martin, esta carta acabo
de recibir.
CONDE. Con permiso! (Cogiéndola con ansia.)
—El fallo... Si era preciso!
Por fin, ya no soy esclavo!
—Mil gracias por la noticia!
Adela! Adela! qué cosa
tan útil, tan provechosa
y tan grande es la justicia!
Ella trueca en alegrias
las mas enconadas penas:
ella rompe tus cadenas
y desvanece las mias.
Mira! siento un bienestar!
ADELA. Pues y yo?
CONDE. Un placer inmenso!
Somos libres! desde hoy pienso
que nos vamos á adorar.
CARLOS. Hola! por qué esa alegria,
Martin?
CONDE. La union está rota!
(Luego avisaré á Carlota
de su ventura y la mia.)
Cárlos! qué hermosa es la luz!
ahora es cuando vivo!
CARLOS. Pues?
no entiendo.
CONDE. No dicen que es
el matrimonio una cruz?
CARLOS. Es verdad.
CONDE. Por mí lo he visto.
CARLOS. No siempre florida y bella,
pero santa, como aquella
que fué suplicio de Cristo.
Y el divorcio, sin razon,
tambien es cruz.
CONDE. Ciertamente;

pero...

CARLOS. Si; muy diferente:
es la cruz del mal ladron.

CONDE. Tonterias! (Esta noche
el hombre mas feliz soy!)
Dame el brazo. (Á Adela.)

ADELA. El brazo!

CONDE. Voy
á acompañarte hasta el coche.
Para ser tu caballero,
ya tengo poder cumplido.

ADELA. Cuál es?

SOFIA. No ser tu marido.

CONDE. Dile que arrime al cochero.
(Al salir y hablando hácia dentro. Vánse por el fondo, dando el Conde el brazo á Adela y Cárlos á Sofia: el último, Facundo.)

ESCENA XIV.

FRANCISCO con gaban y gran corbata, luego ISABEL por el fondo con un abrigo muy elegante, un sombrero tambien bueno, en la mano, y un miriñaque exagerado.

FRANC. Ya se van.—Antes con antes
me he vestido á lo que entiendo.
—Esto es lo que no comprendo
en los señores: los guantes.
(Trabajando para ponérselos.)

ISABEL. Estás? caramba y qué majo!

FRANC. Pues y tú? qué lechuguina!

ISABEL. El coche?

FRANC. Junto á la esquina.
Cuánto ha crecido el refajo!
(Isabel se ha puesto el sombrero mirándose al espejo y se vuelve hácia Francisco.)

ISABEL. Eh? qué tal?

FRANC. Bien por el brio!
estás hecha una princesa!

ISABEL. Todo esto es de la condesa.

FRANC. Pues lo que llevo... no es mio!

ISABEL. Dicen que es media hermosura

la ropa.

FRANC. Dios te bendiga!

ISABEL. Así tienen quien las diga!
ya se vé! la compostura!...

FRANC. Cierto: en esos perifollos
con que sus lazos fabrican,
está el cebo donde pican
y quedan presos los pollos;
mas quita una y otra estofa
con que la verdad se tapa,
y verás que todo es capa
lo mismo que la alcachofa.
—Mas no temes...

ISABEL. Vaya un crímen!

FRANC. Que averigüen nuestras amas...

(Tira Isabel del cordon de la campanilla, y cogiendo del brazo á Francisco, se dirige con él hácia la puerta del fondo, dándose ambos apariencias de señores.)

ISABEL. No tengas miedo!

FRANC. Á quién llamas?

ISABEL. Al lacayo.—Juan! qué arrimen!

(Dice esto desde la puerta del fondo, y figurando que habla con algun criado.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala elegantemente amueblada, con puerta al fondo y á ambos lados del teatro: la primera es la que dá salida al exterior, y las otras comunican con diferentes piezas de la casa. Iluminacion: música dentro; pero de modo que no interrumpa el diálogo. Al levantarse el telon se estan paseando por la sala Facundo y Anton, cogidos del brazo.

ESCENA PRIMERA.

FACUNDO, ANTON.

ANTON. Con que usted se pasa el dia
siempre de aquí para allí...
FAC. Vagando.
ANTON. Pues cómo así?
FAC. (Me cayó la loteria.)
ANTON. No lo entiendo.
FAC. Es muy sencillo:
como estoy desocupado!
ANTON. Ya! será usted empleado.
FAC. Yo, no, señor.
ANTON. (Pobrecillo!)
FAC. Ni lo quiero.
ANTON. (Papanatas!)
Ni vive usted del Erario

de ningun modo?

FAC. Al contrario.

ANTON. Ni contratas?...

FAC. Ni contratas.

ANTON. Permita usted que me asombre!
ni contratas, ni pension...

FAC. Me extraña esa admiracion!

ANTON. (De qué vivirá este hombre?)

FAC. No es porque yo me desdeño
de servir á esa señora
que llaman patria.

ANTON. Hasta ahora
no he tenido yo otro sueño.

FAC. Pero tambien hay períodos
malos: estan divididos
en España los partidos...

ANTON. Hay mas que servir con todos?

FAC. Con todos ya fuera exceso.
Usted lo acostumbra?

ANTON. Vaya!
Se entiende, con tal que haya
razones de cierto peso.
Yo la prueba suministro
en un ejemplo fecundo:
tio sirve á todo el mundo
si todo el mundo es ministro.

FAC. Hola!

ANTON. Para él es igual
el verde que el colorado:
lo mismo es el moderado
que el de la union liberal.
Usted no piensa lo mismo?
En fin, nosotros marchamos
con la época: vengan amos!
Para qué es el patriotismo?
la patria! qué santo nombre!

FAC. (Qué pensará este muñeco
de mí?)

ANTON. Siempre encuentra un eco
en el corazon del hombre!
Seria una ingratitud,
aparte del perjuicio,

no hacerla algun sacrificio.
Tio tiene esta virtud;
y á ser preciso, eso si!
un sacrificio absoluto,
fuera capaz, tio... Bruto,
de sacrificarme á mí.
—Ello en fin, no hay como ser
empleado!

FAC. Ya lo creo;
si fuera siempre el empleo
patrimonio del saber! (Con intencion.)

ANTON. Qué salida de registro,
(Amostazado y separándose de D. Facundo.)
señor! y qué testimonio!
los puestos son patrimonio
del saber, ó del ministro?

FAC. Asi esta nacion camina
sin rumbo.

ANTON. Qué gerigonza!

FAC. Si hay quien suelta la peonza
para entrar en la oficina!

ANTON. (Vaya un Herodes crüel!...)
No lo dirá usted por mí,
seguramente!

FAC. No... y si.
(Á ver si me libro de él.)
Á cuántas canas honrosas
le habrán á usted sobrepuesto,
niño inocente!

ANTON. Protesto!
—Es que yo sé... muchas cosas!

FAC. Y las calla usted!

ANTON. Las callo;
pero por nadie me atollo. (Con altaneria.)

FAC. Amigo, es usted muy pollo
para levantar el gallo.

ANTON. Lo veremos, señor mio!
No sabe usted lo que soy!
Estremézcase usted! voy...
á contárselo á mi tio!
(Al marcharse se encuentra con las damas.)

ESCENA II.

DICHOS, ADELA y SOFIA.

FAC. Señoras!
ADELA. Cómo tan solos?
ANTON. No me divierto! (De mal humor.)
SOFIA. Qué escucho!
FAC. Somos ya amigotes.
ANTON. Mucho!
FAC. Unidos... (Habla ap. con Adela.)
ANTON. (Como los polos.)
—Prima, de tener acabo... (Ap. á Sofia.)
Celebro que hayas venido
tan á tiempo.
SOFIA. Qué ha ocurido,
que estás lo mismo que un pavo?
(Siguen hablando.)
ADELA. No puede ser esta vez.
FAC. No?
ADELA. Me siento algo indispuesta.
FAC. Serán las luces, la orquesta...
ANTON. Yo quisiera hacerte juez.
—De qué sirve en la ocasion
cogerse á buenas aldabas?
SOFIA. Ya me pareció que estabas
amoscado.
ANTON. Y con razon.
—Y no se anda con recodos!
si estoy lelo todavia!
Yo pensé, primita mia,
que ese hombre era como todos!
Ya ves si yo tengo calma!
pues me enciende y me aturrulla.
SOFIA. Si?
ANTON. Me ha dicho cierta pulla
que me ha llegado hasta el alma.
SOFIA. Él de todos habla mal
sin excepcion.
ANTON. Habrá tuno!
SOFIA. Pues si hablara bien de alguno

seria perjudicial.

FAC. Quiere usted cambiar de vida?
abandonar los placeres?
por qué?

ADELA. Para las mujeres
nunca hay libertad cumplida.
Casadas, somos esclavas
del marido.

FAC. Error profundo!

ADELA. Si no, lo somos del mundo.

ANTON. No? pues antes, bien bailabas.
Puesto que yo te remolco,
qué temes?

SOFIA. Un paso en falso.

ANTON. Con mi apoyo...

SOFIA. En fin, no valso.

ANTON. Pues una polka.

SOFIA. No *polko*.

ANTON. Posible es que en vano invoquen
mis labios una esperanza?

SOFIA. Cuando mas, alguna danza.

ANTON. Voy á decir que la toquen.

(Váse corriendo por la izquierda. Sofia se incorpora á los otros interlocutores y D. Facundo hace un gesto de desagrado.)

ESCENA III.

ADELA, SOFIA y D. FACUNDO.

ADELA. Oyes? este don Facundo,
quiere, como es tan amable,
tan festivo y decidor...

SOFIA. Distraerte?

ADELA. Y consolarme.
(Mirando con malicia á Sofia.)

FAC. (Cuando iba ya á declararla
mi aficion...)

ADELA. No te separes (Ap. á Sofia.)
de mí.

FAC. Ni aun quiere bailar.

ADELA. Calle usted! si se me parten

las sienes! por eso vine
aquí: por tomar el aire.

FAC. No hay miel sin hiel! bien lo puedo
decir, pues debo á sus males
la felicidad de verme
al lado de estos dos ángeles.

SOFIA. Por Dios! no diga usted eso!

FAC. Y por qué?

SOFIA. Voy á enfadarme.
Yo sé cómo usted las gasta,
y una de dos; no hay escape!
ó somos malas, ó usted
ha cambiado de carácter.

FAC. Hola! tambien es usted
epigramática? pase,
pero por broma. (Esta chica
tiene la lengua de un áspid!)

SOFIA. Ha visto usted á Martin?

FAC. Me fué preciso dejarle
para un acto meritorio.
Virtudes vencen señales.
(Mirando con intencion á Sofia.)

SOFIA. Cómo es eso?

FAC. He visitado
á la condesa del Parque.

ADELA. Ya há tiempo que no la veo.
Cómo no ha venido al baile?

FAC. Sabe usted lo que padece,
y anoche tuvo un ataque!...

ADELA. Mas se salvó?

FAC. Si, señora:
el médico llegó tarde.

ADELA. Me alegro...

SOFIA. Qué ha hallado usted
en Madrid, de novedades?

FAC. He hallado la de que está
como lo dejé al marcharme.
Cuatro casas adornadas
con liras de azúcar cande,
y angelitos de alfeñique
y mascarones de ojaldre.
Estamos muy atrasados

en mejoras materiales;
verdad? y ya no tenemos
ni aun gusto para las artes.
La policia no ha dado
un paso, y el que á pie sale
no escapa de barro ó polvo:
donde no hay piedras, hay baches.
Los mendigos me persiguen,
y encuentro por esas calles
los ladrones sin grillete
y los perros sin bozales.
En el siglo de las luces,
de media noche adelante
recuerdo los generosos
reverberos de mis padres.
Pues y en costumbres? no digo!
aun hay seres racionales
que juegan á los estrechos
entre damas y galanes.
Hay tertulias domingueras,
y teatros particulares
donde se vé degollar
á los autores, de balde.
Hay quien vistiendo levita
come á las dos de la tarde,
y aun mas temprano, el garbanzo
de los siglos patriarcales.
Encuentro que no han cambiado,
y ya no espero que cambien,
mis dos fieros enemigos;
los cocheros y los sastres.
Los mismos pollos que pian:
mas no es decir que lo extrañe;
que son pollos, y los pollos
son lo mismo en todas partes.
Una novedad les hallo,
y es que se subian antes
á las barbas, y hoy se suben
al presupuesto... y en grande!

SOFIA. Oyes?

FAC. De lo que hoy llamamos
política palpitante,

poco diré: casi nada,
que hay censor y tiene lápiz:
mas permítanme que de una
pincelada la retrate:
es como la Apocalípsis,
que aun no la ha entendido nadie.

SOFIA. Qué lengua! Jesus! qué lengua!
(Se levanta y lo mismo hacen los demas.)
Vamos al salon del baile.
Apuesto á que aquella atmósfera
ha de ser mas respirable.

FAC. Murmuradora!

SOFIA. Cualquiera
que le oiga á usted... oh! y es fácil
que se escandalice! (Dirigiéndose á la izquierda.)

FAC. Y mucho!
—Es usted... el mismo diantre!
(Váse por la izquierda dándolas el brazo; un momento despues se presenta en la puerta el Conde, pálido y demudado.)

ESCENA IV.

El CONDE, solo.

CONDE. No quiero nada!
(Figurando que habla á un criado.)
Estaré,
por fuerza, desencajado,
lívido, y ese criado...
—Es claro! he venido á pie!
la fatiga...—Martin, calla
y recuerda el catecismo!
Te estás mintiendo á tí mismo!
no hace tanto la canalla.
Diste crédito, idïota!
á una grosera mentira,
y de eso nace tu ira
y eso te inmuta! Ay! Carlota!
Yo por ella he destruido
con mi envidiado sosiego
la paz doméstica, y luego...

hasta el lazo de marido;
y cuando á sus brazos corro
con la agradable noticia,
me recibe la justicia
con chinelas, bata... y gorro!
Quién habia de pensar
que Cárlos, el mogigato!
era tambien candidato...
—Es cosa particular!
La perjura!...—Mas qué necio
soy! de su fácil mudanza,
de su traicion, qué venganza
puedo tomar? el desprecio.
Eso es! ahora hecho de ver
su infame condicion! hoy
que objeto de escarnio soy
para mi honrada mujer!
Yo he malgastado un tesoro
y he venido á quedar pobre!
por fuerza! si he dado al cobre
mas estimacion que al oro!
—Por qué el lazo conyugal
he roto? qué me importara?...
—Esta pregunta es muy rara!
sin embargo, es natural.
Señor! que hubo en casa guerra;
dónde no la hay? es motivo
para un fallo ejecutivo?...
—Si no hay justicia en la tierra!
Y lo peor es que el dolo
de aquella indigna criatura,
me avergüenza, me tortura,
me mata... porque estoy solo!
Con cuánta razon me aflijo,
dígalo el alma que llora
lágrimas de sangre!—Ahora
quisiera tener un hijo.

ESCENA V.

EL CONDE, ANTON.

ANTON. No estan.
CONDE. Qué buscas, Anton?
ANTON. Á Sofia: la dejé
aquí.
CONDE. (No sé si podré
dominar mi turbacion.)
ANTON. (Qué buena estrella es la mia!
la masa está bien dispuesta,
y he sobornado á la orquesta
para bailar con Sofia.)
CONDE. Y... Adela?
ANTON. Estará allá dentro.
Hoy del salon es la diosa.
CONDE. Y cómo está?
ANTON. Tan hermosa!
CONDE. Contenta?
ANTON. Como en su centro.
Objeto es de la atencion
de todos. Tiene un partido!
CONDE. Si?
ANTON. Menos de su marido:
debo hacer esta excepcion.
CONDE. Ha bailado? (Afectando indiferencia.)
ANTON. No podré
decirlo.
CONDE. (Si algun danzante!...)
ANTON. No la ha dejado un instante
aquel amigo de usté.
CONDE. (Aun hay fuego en la ceniza.)
Quién?
ANTON. Hombre de menos seso!...
Don Facundo.
CONDE. Ah! vamos! (Eso
es lo que me tranquiliza.)
ANTON. Si como á mí, lisongea
á mi prima!... vaya un nene!
Yo no sé cómo usted tiene

amigos de esa ralea!

CONDE. Si te oyera!

ANTON. Tengo sed (Furioso.)
de... No es tiempo todavia.
(Viendo á D. Facundo que sale por la izquierda.)

ESCENA VI.

DICHOS y D. FACUNDO.

FAC. Señor Barragan? Sofia
está esperándole á usted.

ANTON. Gracias! (Con sequedad.)

FAC. Vá á empezar la danza.

ANTON. Voy al instante.

FAC. Tú aquí? (Al Conde.)
(En este momento aparece en la puerta del fondo, Cárlos.)

ANTON. Pobre Cárlos! te vencí:
puedes perder la esperanza.
(Váse por la izquierda.)

ESCENA VII.

CÁRLOS, el CONDE y D. FACUNDO.

FAC. Tambien Cárlos?

CONDE. Tan temprano!

CARLOS. Te admiras de eso?

CONDE. Por fuerza.
—Facundo! mira esa cara.

FAC. Ya la miro.

CONDE. Y qué hay en ella?

FAC. Hay... lo que en todas.

CONDE. Qué error!

CARLOS. Martin! qué bromas son estas?

CONDE. Ya la has visto, qué seráfica!
anuncia al juez, grave, séria,
inflexible! y sin embargo,
esa no es cara: es careta.

FAC. Qué quieres decir con eso?

CONDE. Que bajo la piel de oveja

hay lobo; pero qué lobo!

FAC. Posible?... (En tono zumbon.)

CONDE. Es un calavera.

FAC. Quién? Cárlos? no me lo digas!

CONDE. El mentor, la providencia
de la que fué mi familia;
el oráculo de Adela.

FAC. Pero hombre!

CARLOS. Mira que estás
ofendiendo mi modestia.
Yo lobo?

CONDE. Y me quedo corto:
leopardo!

CARLOS. Me lisonjeas.

FAC. Dices muy bien: donde está
el conde de la Rivera!...

CONDE. Á su lado soy pigmeo;
invisible.

CARLOS. No le creas.

CONDE. Pero ha llegado la hora
de que abandonen la tierra
todas las hipocresias:
ya estamos cansados de ellas.

CARLOS. Martin!

CONDE. Escucha la mas (Á Facundo.)
apetitosa novela;
el cuento mas peregrino;
la historia mas picaresca.
—Hácia el norte de Madrid
es el lugar de la escena.
—Un pobre conde, que tiene
reputacion de tronera,
verbi-gratia, pretendia
á una garbosa morena.
—Es la heroina del cuento.
—Una andaluza de aquellas
bravias, que pisan recio
hasta hacer hoyo en las piedras.
Una noche en que soplaba
duro el cierzo, como en esta,
el bobalicon del conde
trepaba sus escaleras.

Llama, y en vez del chillon
acento de su doncella,
oye una voz masculina
que dice: «Pase quien sea!»

FAC. Hombre! hombre! Cárlos!

CARLOS. Prosigue.

CONDE. Prosigo; pero si encuentras
algo que rectificar...

CARLOS. Hasta ahora, todo vá en regla.

CONDE. Ya puesto en aquel empeño,
el conde se hizo esta cuenta:
lance es, pero hay que arrostrarlo
con todas sus consecuencias.
Previénese para el caso;
un cachorrillo tantea,
y á todo su aliento llama,
y tose, y escupe y entra.
Con insultante mirada
busca al rival, que con ella
en un *vis-à-vis* sentado,
dice: «Bien venido seas.»

FAC. Já! mire usted!

CONDE. Y era Cárlos:
Cárlos, con bata y chinelas,
que abrasaba á la andaluza
con una mirada tierna.

FAC. Y qué hizo el conde?

CONDE. Tomar
el asunto con la flema
del hombre á quien esas cosas
ni le asombran ni...

CARLOS. Dispensa;
pero la verdad histórica,
y la mia, y mi conciencia,
no me permiten...

CONDE. Ya sé!
vas á decir... de manera...

CARLOS. Te enojaste.

CONDE. Yo contigo?

CARLOS. Me ofendiste.

CONDE. Qué simpleza!
Si á mí no me importa un bledo!

pero al fin, delante ella...
CARLOS. Quisiste quedar... con honra.
CONDE. Eso es.
CARLOS. Qué honra tan... (grosera!)
FAC. En último resultado,
lo que saco en limpio de esa
historia, es que no se debe
fiar en las apariencias.
Con que eres un libertino!
mire usted! quién lo dijera!
CONDE. Y en vísperas de casarse!
FAC. Pobre Sofia!
CARLOS. Respeta
ese nombre, y no mezclemos...
FAC. Mira qué delicadeza!
—Te conozco! no me engaña
tu cara de anacoreta!
CONDE. Este es aquel moralista!...
FAC. El santo!
CONDE. El juez de Palencia!
FAC. Cómo vá á andar la justicia
por aquella pobre tierra!
(Voy á contar á Sofia
la historia: de esta vez, truenan!
es mi comidilla.) Adios!
me voy á dar una vuelta.
(Váse por la izquierda.)

ESCENA VIII.

CARLOS, el CONDE.

CARLOS. Martin! qué indiscreto has sido!
delante de un mala lengua
semejante...
CONDE. Qué?
CARLOS. Te pones
á contar nuestras flaquezas!
CONDE. Qué quieres? yo no soy de esos
que viven de una manera
y hablan de otra; yo soy claro!
no la hagas y no la temas.
CARLOS. Conque no estás enojado?

CONDE. Yo! no me hagas tal ofensa!
(Si no temiera el escándalo
armaba una pelotera!)
CARLOS. Á poder yo imaginar
que era causa de reyerta
soplarte la dama...
CONDE. Acaba:
qué harias?
CARLOS. Te la cediera.
CONDE. Y quién te ha dicho que yo
admito sobras ajenas?
que soy tan... desventurado?
CARLOS. No se hable mas: no te ofendas.
CONDE. Me agravia...
CARLOS. Eso fuera bueno
cuando no me conocieras.
Pero el que desde la infancia
me ha debido tantas pruebas
de cariñosa amistad...
CONDE. Si, tienes razon, dispensa.
Estoy nervioso: no puedo
olvidar aquella escena
y aquel gesto de Carlota.
CARLOS. Por Dios!
CONDE. Es una simpleza!
CARLOS. Á saber yo que mi amigo
la amaba de esa manera,
que mi aficion le ofendia...
CONDE. Silencio, que viene Adela.

ESCENA IX.

DICHOS, SOFIA y ADELA.

ADELA. Ahí estan los dos rivales. (Ap. á Sofia.)
Su turbacion es visible.
SOFIA. Pero, dí, será posible?...
ADELA. Hija... todos son iguales.
SOFIA. No puede ocultar su afan
tu marido.
ADELA. Desdichado! (En tono de desprecio.)
(Cárlos se acerca con disimulo á Sofia.)

CARLOS. Esto vá bien; ya ha empezado
á dar sus frutos mi plan.
Estan verdes todavia,
pero...

SOFIA. Mil gracias por todo. (Con sequedad.)
Me ha entendido usted?

CARLOS. Qué modo
tienes de bablarme!

ADELA. Sofia?

SOFIA. No sé cómo me reprimo! (Ap. á Adela.)
Temblando estoy!

ADELA. Ya lo veo!.
Calla y despréciale!—Creo
(Alzando la voz.)
que te buscaba tu primo.
—Ten dignidad. (Ap. á Sofia.)

SOFIA. Ya verás!

ADELA. Y no despegues tus labios.

SOFIA. No temas; esos agravios
no los olvido jamás.

CONDE. Te habrás divertido.

ADELA. Mucho.

CONDE. Y yo. Cárlos es testigo.

ADELA. Hola! (Con malicia.)

CONDE. Tambien nuestro amigo,
quema el último cartucho.
Como se acerca el momento
de... pues! (Mirando á Sofia.)

CARLOS. Ne seas parlanchin.
(Al oido al Conde.)

CONDE. Tomo mi venganza!—En fin...
si yo te contara un cuento!

CARLOS. Basta! basta!

CONDE. Si esto es chanza!
verdad? tu novia ya sabe
que eres un señor muy grave,
y de toda confianza!

CARLOS. El horizonte está negro! (Ap. al Conde.)
Con su desprecio me agobia...

CONDE. Está de monos tu novia?

CARLOS. Por culpa tuya.

CONDE. (Me alegro.)

ESCENA X.

DICHOS y D. FACUNDO, que trae del brazo y como á remolquo á ANTON.

FAC. Enojado usted conmigo,
señor Barragan?
ANTON. Que voy
á decírselo...
FAC. Yo soy
su admirador y su amigo.
(Anton se desprende de él refugiándose detrás de Sofia.)
ANTON. Prima; me quieres librar
del moscardon mas pesado!...
SOFIA. Ven: á buen tiempo has llegado.
ANTON. Dónde vamos?
SOFIA. Á bailar.
(Tengamos resolucion!)
ANTON. Si es *schotis* lo que ahora toca...
SOFIA. Sea lo que fuere.
ANTON. (Está loca
por mí! mamola el simplon!)
(Mirando á Cárlos.)
(Vánse los dos por la izquierda. Cárlos quiere seguirlos y le detiene el Conde. D. Facundo entre tanto, habla aparte con Adela.)
CONDE. Te vas siguiendo la huella...
Mira que es muy testaruda!
(Quiere provocar sin duda
una explicacion con ella.)
CARLOS. Adios, Martin.
CONDE. Te acompaño.
CARLOS. Me estorbas.
CONDE. Qué! (Ya verás!
ahora me la pagas!) Vas
á buscar un desengaño.
Dejar yo que esa tontuela
te aje? por nada en el mundo!
CARLOS. (Ay!) (Con impaciencia.)
CONDE. Nuestro amigo Facundo

queda acompañando á Adela.

ESCENA XI.

ADELA, FACUNDO.

ADELA. (Nos deja!)
FAC. (Buena ocasion!
esta vez no pierdo ripio.)
Pues como la iba diciendo,
amigo del Conde he sido;
y como tal frecuentaba
su casa: hoy es ya distinto.
Hoy es usted absoluta
señora del domicilio,
y no debo visitarla
sin obtener su permiso.
ADELA. Don Facundo...
FAC. No quisiera
por cuanto en el mundo estimo,
dejar de ver... de sentir
la mágia de esos hechizos.
ADELA. Doy á ustedes por todo gracias:
pero como usted ha dicho
muy bien, mi estado ya es otro:
y cuando se está al abrigo
de una familia; donde hay
hermano, padre ó marido,
puede una mujer oir
con decoro y sin peligro
corteses galanterias
como esa, y requiebros lícitos.
Mas la que ya vive sola
como yo, si al viperino
diente de los hombres teme,
no puede tener ni amigos.
FAC. Hace usted mal.
ADELA. Hago bien.
FAC. Y cree usted... error nimio!
que se librará con eso
de nuestro mundo maligno?
ADELA. Asi lo espero.

FAC. Muy pronto
lo verá.
ADELA. Y si no me libro,
tendré al menos mi conciencia
y mi corazon, tranquilos.
FAC. Adela: permite usted
que hable claro?
ADELA. Lo permito.
No puedo creer que usted
me diga...
FAC. Esto es lo que digo.
—La que rompe, sin que nadie
la obligue á tal sacrificio,
el lazo del matrimonio,
su razon habrá tenido.
ADELA. Cierto.
FAC. Pues!... y esa razon,
cuál es?
ADELA. El orgullo mio,
mis agravios, los desprecios...
FAC. El Conde!...
ADELA. Nunca me quiso.
FAC. En el mundo hay otras mil
que se quejan de lo mismo,
y lo sufren.
ADELA. No tendrán
mi amor propio.
FAC. (Eso, de fijo.)
Pero los que no conocen
los poderosos motivos (Recalcando.)
que á usted asisten, creerán
que es otro el que la ha impelido.
ADELA. Cuál otro? (Con seriedad.)
FAC. Pues no está lleno
el mundo, de ejemplos vivos?...
ADELA. Yo no soy como esas otras.
FAC. Si! vaya usted á decírselo!
ADELA. Y quien lo dude, me ofende!
FAC. (Tengo un rival: está visto!)
ADELA. Ya basta.
FAC. (Pues si esta necia
piensa que estoy en el limbo!...)

ADELA. Y dispénseme...
(Haciendo ademan de marcharse.)
FAC. (Pues ya
verá que no soy tan primo.)
—Adela, tres años hace
que la amo á usted: lo repito,
la amo á usted; y si á decirla
mi pasion no me he atrevido,
sino á medias, ya no hay freno
ni obstáculo á mi cariño.
Libre es usted: por lo tanto,
entra usted en el dominio
del mundo, para escuchar...
ADELA. Y si yo no lo permito?
FAC. El matrimonio es la cruz
santa: así dice el amigo
Cárlos: quien deja lo santo,
es que el diablo le ha vencido.
Yo no creo en las virtudes
porque no entra en mis principios,
y al verme despreciar, creo...
ADELA. Qué? (En el colmo de la indignacion.)
FAC. Que es otro el preferido.
ADELA. Cómo es posible que á este hombre
he dado de amigo el título!
FAC. Siente usted...
ADELA. Me dá vergüenza!
FAC. De qué?
ADELA. De llevar conmigo
el sambenito afrentoso
de haberle á usted conocido.
FAC. Ay, Adelita! el divorcio
es tambien un sambenito,
y lo lleva usted con mucha
gracia, y aun con cierto brio!
ADELA. Infame!

ESCENA XII.

DICHOS y SOFIA.

SOFIA. Qué es eso, hermana?
ADELA. Qué me insulta ese perdido!
Cómo entran en estas casas
tales hombres?
FAC. Me retiro,
pero sin remordimiento.
—Condesa; lo dicho, dicho. (Váse.)

ESCENA XIII.

SOFIA y ADELA.

ADELA. Villano!
SOFIA. Adela!
ADELA. Villano!
SOFIA. Que no te oigan! sé prudente!
ADELA. Y no tengo quien le asiente
sobre la cara una mano!
SOFIA. Qué te ha dicho?
ADELA. Porque he osado
su indigno amor rechazar,
no te puedes figurar
de qué modo me ha tratado.
SOFIA. Calla! eso mismo acrisola
tu honradez: no temas nada.
ADELA. No me basta ser honrada!
me insultan... porque estoy sola!
SOFIA. Pagas á tu nuevo estado
el necesario tributo.
Este abandono es el fruto
del ciego error en que has dado.
Tú quisiste libertad,
pobre hermana! ya la tienes;
pero pesaste sus bienes,
no sus males.
ADELA. Es verdad.
Yo pensé encontrar en eso

un placer, siquiera tibio:
yo pensé que era un alivio
y me hallo con que es un peso.

SOFIA. Del mundo contra el murmullo
busca en tu casa el reposo:
en tu deber, en tu esposo.

ADELA. No lo consiente mi orgullo.

SOFIA. Tu orgullo!

ADELA. Si me desprecia!

SOFIA. Qué!

ADELA. Si nunca me ha querido!
—Quién cree en hombre nacido?
no, hermana! no soy tan necia.

ESCENA XIV.

DICHAS y el CONDE.

SOFIA. Aquí está. (Ó se entienden hoy!...)
—Ven acá: mira á esos ojos.

CONDE. Qué es eso? te han dado enojos?

ADELA. Ó te callas ó me voy.

SOFIA. No, Adela! el único ser
que debe prestarte amparo,
está presente; no es claro?

CONDE. Hoy no es lo mismo que ayer.

ADELA. Lo has oido?

CONDE. Pero en fin...

ADELA. Lo has oido? yo no quiero
deber nada á nadie.

CONDE. Pero...

ADELA. Y á él menos!—Adios, Martin!

ESCENA XV.

SOFIA, el CONDE.

CONDE. Pero, Sofia; qué es esto?
no me dirás lo que pasa?

SOFIA. Si, te lo diré, Martin!
Si algun villano insultara
á la que fué tu mujer

y ha llevado en sus entrañas
el fruto de tus amores;
qué harias? vacilas? callas?

CONDE. La han insultado!

SOFIA. Tal creo;
ó dime cómo se llama...
—La han hecho una vergonzosa
declaracion.

CONDE. Y te espantas
de eso, chica? no exageres!
he hecho yo en mi vida tantas!

SOFIA. Martin! Martin! cuando un hombre
á una mujer se declara
que no es libre, qué la dice?
la dice que no es honrada.

CONDE. Ella es libre; ya se ha roto
el nudo que nos ligaba,
y como la ven hermosa...
Yo no sé por qué lo extrañas!

SOFIA. Y si el hombre, lastimado
por el desden de la dama,
al insulto de la idea
añadió el de la palabra?

CONDE. Á eso está expuesta en el mundo
la mujer á quien no ampara
la proteccion de un marido,
de un padre, un hermano.

SOFIA. Basta!
ya veo que te complaces
en su humillacion.

CONDE. Es lástima
que no vaya su marido
á romper por ella lanzas!
Ven acá: piénsalo un poco
y dí; comprendes tú nada
mas ridículo? creerian
que ella y yo...—Vamos! ni en chanza!

SOFIA. Tienes razon! y es verdad!
si cuando una está ofuscada
ni vé, ni oye, ni comprende!
(Este hombre no tiene entrañas.)
Adios, conde.

CONDE. Pues por qué
de esa manera me tratas?
no soy tu hermano?
SOFIA. No tengo
hermanos de esa calaña.
Ahí tiene á su digno amigo.
(Viendo salir á D. Facundo.)
CONDE. Quién! Facundo?
SOFIA. Si.
CONDE. Jurara... (Con intencion.)
que es él.
SOFIA. Puede usted jurar
mejor que otras veces. (Váse.)
CONDE. (Basta.)

ESCENA XVI.

El CONDE y FACUNDO.

FAC. Hola, Martin.
CONDE. Justamente
iba á buscarte.
FAC. Querido!
pues?
CONDE. Esta noche he perdido
contra tí...
FAC. (Pobre inocente!)
CONDE. Como te pensaba ver...
(Saca una cartera y de ella varios billetes de banco.)
FAC. Ya habrá para eso lugar.
CONDE. No hay gusto como pagar.
FAC. (No conozco ese placer.)
Te juro que me remuerde...
CONDE. Por qué razon?
FAC. Porque al cabo
no he visto un hombre mas bravo
honrar el tapete verde.
Y los he visto!...
CONDE. (Habrá tuno!)
FAC. Perder con mucha nobleza;
pero con tanta grandeza,
con tanto desden, ninguno.

No he encontrado hombre hasta el dia
como tú! nada mas zorro!

CONDE. Qué honor!

FAC. Ahora mismo á un corro
de *leones* se lo decia.
No entreis con mi amigo en lid!
El conde de la Rivera
es el mejor calavera
de cuantos hay en Madrid;
y yo, su amigo constante,
de su gloria participo:
en fin, es el prototipo
de nuestro mundo elegante.

CONDE. Mil gracias!

FAC. Con qué desden
arrostras tu nuevo estado!
Qué! tú no has sido casado!
mentira!

CONDE. Dices muy bien.

FAC. Y acabas por una hazaña
tu aparente retroceso.

CONDE. Y me lo aplaudes?

FAC. Pues eso
te disgusta?

CONDE. No: me extraña.

FAC. Cómo he de entenderlo?

CONDE. Asi:
que la razon no concibo...
—He dado yo á usted motivo
para que hable bien de mí? (Pausa.)

FAC. No crea usted que la razon
de ese enojo, se me esconde;
pero al cabo, señor conde,
es una provocacion.

CONDE. No hay otro motivo real
que el que he dicho.

AC. Y no otra cosa?
no entra por nada su esposa
en esto?

CONDE. Pues bien: sí tal.

FAC. Para volver por su fama
usted ya no es su marido.

CONDE. No; pero Adela es, y ha sido,
y será siempre una dama:
quien diga otra cosa, miente,
y de la misma manera,
defenderé á otra cualquiera
á quien falte un insolente.

FAC. Conde, usted sabe muy bien
que hallará en mí al caballero;
mas permítame primero
que le dé mi parabien,
de que vuelva á las cadenas
nupciales, con tanto brio.

CONDE. Usted tiene, señor mio,
para todo, enhorabuenas.
—Y le llaman maldiciente!
señor! á quién no dá ira!
Qué! si parece mentira
lo que calumnia la gente!

FAC. Ya que está preso en el lazo
de la reconciliacion...

CONDE. Niego la suposicion
y el cumplimiento rechazo.

FAC. Es que tiene usted á mengua
tal vez...

CONDE. (Me carga esa risa!)
No tal: lo que tengo es prisa
de arrancar á usted la lengua.

FAC. Esas son armas vedadas
entre dos hombres de honor:
un insulto es la peor
de todas las estocadas.

CONDE. Si advierto que le provoco
sin alterar su humildad!

FAC. Estoy pronto.

CONDE. La verdad;
no le ha costado á usted poco!

FAC. (Con tal que no sea la piel!...)

CONDE. (Le mato ó me borro el nombre.)
(Viendo salir á Cárlos, se dirige hácia él.)

ESCENA XVII.

DICHOS y CÁRLOS.

CONDE. Entiéndete con ese hombre:
voy á matarme con él:
(D. Facundo se dirige á la puerta del fondo, detiene á un caballero que pasa, le hace entrar en la escena y habla con él aparte.)
CARLOS. Es serio?
CONDE. Y no lo aplebeyes
mediando.
CARLOS. Y mi posicion?
yo que tengo obligacion
de hacer respetar las leyes!
CONDE. Es preciso que esta vez
prescindas...
CARLOS. Qué desatino!
—En fin, seré tu padrino.
(Qué buen estreno de juez!)
Cuándo?
CONDE. Si es posible, ahora.
CARLOS. Si es alguna bagatela...
CONDE. Ha insultado...
CARLOS. Á quién? á Adela?
CONDE. Ha insultado... á una señora.
—No creas que es el marido...
CARLOS. Sé lo que decirme quieres.
Perdona, Martin: tú eres
un hombre de bien... perdido.
En tí reinando se ven,
y en proporcion casi igual,
ya los resabios de' mal,
ya los instintos del bien.
CONDE. Basta de sermon! acaba
y no lo tomes á risa.
CARLOS. Bueno! (Esto vá mas aprisa
de lo que yo imaginaba.)

ESCENA XVIII.

DICHOS, ADELA y SOFIA, con sus abrigos y en actitud de dejar el baile. Cárlos se dirige á Sofia y la habla aparte: despues se acerca adonde está D. Facundo con el caballero.

CARLOS. El conde riñe mañana
por la que ayer fué su esposa.
SOFIA. Martin! eso es otra cosa!
(Se acerca á él y le alarga la mano.)
CONDE. Qué, Sofia?
SOFIA. Soy tu hermana.
CONDE. Qué tienes?
SOFIA. Un regocijo!...
(Se dirige con Adela hácia la puerta del fondo.)
CONDE. Yo tambien aqui lo siento.
Cómo es que estoy tan contento?
Ay! si yo tuviera un hijo!
(Mirando á las damas, que desaparecen por el fondo. Sofia se ha vuelto para saludarle desde la puerta.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del acto primero.

ESCENA PRIMERA.

FRANCISCO en la escena: ISABEL, que sale por el fondo.

FRANC. Dónde andará Isabelilla?
ISABEL. Paco? (Saliendo.)
FRANC. Qué es eso de Paco?
No te vuelva á suceder
en la vida.
ISABEL. Vino el amo?
dí.
FRANC. Ni lo sé ni me importa.
ISABEL. Es que *se ha desafiado*,
segun dicen.
FRANC. Y qué?
ISABEL. Nada;
que el ama le está esperando.
FRANC. No sabes lo que te digo,
Isabel? que esto vá malo.
ISABEL. Por qué?
FRANC. Porque la señora
se vá torciendo: mas claro;
busca al marido, y esto es
la perdicion para entrambos.

ISABEL. Eso es verdad.
FRANC. Si Dios quiere
que le den un linternazo!...
Mas no correrá la sangre:
riñas entre cortesanos
acaban en «Te convido,»
aunque empiezan en «Te mato!»
Mas si el otro le rompiera
alguna costilla... un brazo...
qué menos? eh? me parece
que no estoy muy sanguinario.
Con quién es el desafio?
es hombre de buena mano?
ISABEL. Don Facundo Malespina.
FRANC. Qué mala espina me has dado!
ISABEL. Por qué?
FRANC. Porque es un señor
á quien le debo unos cuartos,
y que tiene de valiente
lo mismo que yo de honrado.
—Y es visita de la casa?
ISABEL. Todos los dias...
FRANC. Me marcho.
ISABEL. Pero tonto! si han reñido.
no vendrá...
FRANC. Vamos despacio.
Será el amante del ama?
porque yo lo estoy buscando
y lo he de encontrar; preciso.
ISABEL. Si ha estado fuera dos años!
—Y la señora condesa
se habia de pagar de un zángano
así?
FRANC. Como esas señoras
tienen el gusto estragado!
ISABEL. Mas si busca á su marido,
como dices...
FRANC. Por lo tanto.
Los maridos, hija mia,
se han hecho para estos casos,
se entiende, entre los señores.
Nunca son mas necesarios

que cuando no se los quiere.
—Con que dices que ese pájaro...

ISABEL. Sé que le aborrece el ama.

FRANC. Y si finge? no haga el diablo...

ISABEL. Calla!

FRANC. Y despues de la escena
de anoche, estoy escamado.

ISABEL. Quién habia de pensar
que vinieran tan temprano?

FRANC. Mas si hubieramos pedido
licencia al ama, alegando
cualquier razon ó pretexto,
crees que la hubiera negado?

ISABEL. Licencia! para que yo
me aburriera en el teatro!
Me gusta la escapatoria;
me muero por lo vedado.

FRANC. Te reconozco, hija mia!
eres la misma de antaño.

ISABEL. Genio y figura...

ADELA. (Dentro.) Isabel!

ISABEL. Chit! la señora! á tus bártulos.

ESCENA II.

DICHOS y ADELA.

ISABEL. Señora?

ADELA. Qué haces aquí?

ISABEL. Vea usted! estaba arreglando
esta pieza.

ADELA. Y para eso
te era Tomás necesario?

FRANC. Yo...

ADELA. Vete de aquí, y avísame
si traen papel ó recado
concerniente al señor conde:
estás?

FRANC. Bien. (Á que tronamos?)
(Váse por el fondo.)

ESCENA III.

ADELA, ISABEL.

ADELA. No voy á reñirte, y eso
que lo mereces.
ISABEL. Me callo,
y conozco la razon...
aunque no es ningun pecado...
ADELA. Bien, basta! y para otra vez
cuenta!...—Si viene don Cárlos...
ISABEL. Que sí vendrá!
ADELA. Eso de que
te calles!
ISABEL. Cierro mis labios.
ADELA. Pues le dices...
ISABEL. Que entre.
ADELA. No.
ISABEL. Ya! que espere.
ADELA. Que no estamos.
ISABEL. Van usias á salir?
ADELA. No! (Con impaciencia.)
ISABEL. Como entendí... Ah! ya! vamos!
ADELA. Ya te he dicho una y mil veces
que no quiero comentarios.
ISABEL. Muy bien. (No sé lo que es eso.)
ADELA. No vuelvas...

ESCENA IV.

DICHAS y FRANCISCO.

FRANC. Ahí está el amo.
ADELA. Viene herido?
FRANC. Sano y bueno!
(Si soy lo mas desgraciado!)
ADELA. Preguntó por mí?
FRANC. Por nadie.
Se fué derecho á su cuarto,
y si no viene contento
al menos viene cantando.

Ya ha pedido el desayuno.

ADELA. (Y ni aun entra á verme! ingrato!
no sabe lo que he sufrido!
—No, pues yo no doy mi brazo
á torcer!)

FRANC. Si quiere usia,
iré á decirle...

ADELA. Al contrario!
que no sepa una palabra...
oyes? (Se vá por la izquierda.)

FRANC. Pierda usia cuidado. (Con intencion.)

ESCENA V.

ISABEL, FRANCISCO, luego D. ANTON.

FRANC. Qué te ha dicho? te ha reñido?

ISABEL. Reñir! vengo de Guinea?

FRANC. Has faltado...

ISABEL. Aunque asi sea,
no se lo hubiera sufrido.

FRANC. Ay! yo me he llevado un chasco
en esta casa, estupendo!
y me voy.

ISABEL. Por qué?

FRANC. Estoy viendo
venir encima el chubasco.
Prepararé mi equipaje.
Quiere mi fortuna ingrata
que viva á salto de mata?
pues paciencia, y buen viaje.

ANTON. Buenos dias, Isabel.

ISABEL. Don Anton!

ANTON. Salió la aurora?
quiero decir; la señora
de este Medoro novel?

ISABEL. Hay novedades.

ANTON. Qué pasa?

ISABEL. Grandes cosas.

ANTON. Pues qué ha habido?

ISABEL. Que don Cárlos ha perdido
toda su influencia en casa.

ANTON. Y no es mas que eso, hija mia?
ISABEL. Su rival...
ANTON. Ese hombre oscuro?
—Estaba yo tan seguro
de que al fin sucederia!
—Y cómo lo sabes?
ISABEL. Cómo?
me ha encargado la condesa
que la niegue...
ANTON. Tómate esa!
ISABEL. Cuánto me alegro! es tan plomo!
FRANC. Saca partido... (Ap. á Isabel.)
ANTON. Y la hermana?
ISABEL. No le recibe.
ANTON. Eso es grave!
y él lo sabe?
ISABEL. Aun no lo sabe:
no ha venido esta mañana.
ANTON. No tardará.
FRANC. Me dá pena...
ANTON. Á mí no.
FRANC. Tambien lo creo.
ANTON. Daria cuanto poseo
por presenciar esa escena.
Y si la culpa me achaca
de ese rigor, que sí hará...
ISABEL. Pida usted mas: ahí está.
ANTON. (La voy á ver, y en butaca!)
(Se sienta en una butaca, recostándose con mucha voluptuosidad.)

ESCENA VI.

DICHOS y D. CARLOS.

CARLOS. Isabel?
ANTON. (Yo me arrellano.)
ISABEL. Yo siento... (Con afectada cortedad.)
CARLOS. Qué cara es esa?
ISABEL. Mi señora la condesa
no está.
CARLOS. Cómo tan temprano?...
ISABEL. Sin duda no me ha entendido

usted.

CARLOS. Qué tiene esta chica?

ISABEL. Yo... nada!

ANTON. Es que no se explica.
No está; pero no ha salido.
(Lo he pegado á la pared.)

CARLOS. No está y no ha salido? es raro!

ANTON. Oyes? lo quiere mas claro.

ISABEL. Está; mas no para usted.

CARLOS. Nunca hubiera presumido
tal, de tan discreta dama.

ANTON. Es verdad! eso se llama...

CARLOS. Un agravio inmerecido:
nada mas.—Y de Sofía?...

ISABEL. De ambas tengo encargo igual.

CARLOS. Si? paciencia.

ANTON. Hace usted mal.

CARLOS. Por qué?

ANTON. Yo... me volaria!

CARLOS. Yo no: bien pueden tener
para este... qué diré?

ANTON. Insulto!

CARLOS. Sea.—Algun motivo oculto
que no acierto á comprender.
Si pruebo la sinrazon
de su agravio, honrado salgo:
si las he ofendido en algo,
debo pedirlas perdon.

ANTON. Qué quiere usted? yo no encuentro
que hay satisfaccion bastante
para agravio semejante.
(Dirigiéndose á la izquierda.)

CARLOS. Adónde vá usted?

ANTON. Adentro.

CARLOS. Á ver á esas damas?

ANTON. Si.

CARLOS. Y la prohibicion?

ANTON. Amigo,
eso no reza conmigo.

ISABEL. Es cierto.

ANTON. Estan para mí.
(Váse por la izquierda.)

ESCENA VII.

DICHOS, menos D. ANTON.

CARLOS. Isabel: es necesario
que hable á Sofia.
ISABEL. No puedo...
FRANC. Anda, mujer!
ISABEL. Tengo miedo
por mi pan y mi salario.
CARLOS. Y como yo, para ahorrarte
una falta y un bochorno,
nunca apelaré al soborno...
FRANC. No te pongas de su parte. (Al oido á Isabel.)
—Mas como aquí no se trata
de nada malo!...
CARLOS. Así es.
ISABEL. Me tomo mucho interés
por las cosas de mis amos.
Conozco la sinrazon
con que aquí á usted se le trata,
y si mañana la ingrata
se casa con don Anton...
por ejemplo.
CARLOS. Vaya un símil!
ISABEL. Qué es símil?
CARLOS. Decirme quieres
que Sofia...
ISABEL. En las mujeres
nunca hay nada inverosímil.
CARLOS. Pasa recado á Sofia:
dila que estoy en un potro!
que sufro...
ISABEL. Pero está el otro,
y ya vé usted, qué diria?
CARLOS. De lo que tengo ansiedad,
es...
ISABEL. De volverle las tornas.
FRANC. (No dices que no sobornas?
pues toma moralidad!)

CARLOS. Isabel!
ISABEL. Me llamo andana.
Manda el ama y yo soy fiel.
CARLOS. Háblala, y haz, Isabel,
que no lo sepa su hermana.
ISABEL. Yo habia de hacer ahora
tal cosa? fuera un oprobio!
«Ni quito ni pongo novio;
pero ayudo á mi señora.» (D. Cárlos se sienta.
—Pero que hace usted?
CARLOS. Me siento.
ISABEL. Ya! pero la señorita
no quiere...
CARLOS. Tengo aqui cita.
ISABEL. Aquí?
CARLOS. Dentro de un momento.
ISABEL. Con ella?
CARLOS. Con tu señor.
ISABEL. Ya viene.
(Aparece en la puerta del fondo el Conde, vestido con esmero.)
FRANC. Y qué currutaco! (Ap. á Isabel.)
ya ves!
ISABEL. Si; bien dices, Paco!
esto vá...
FRANC. De mal en peor.
(Se van por el fondo los criados.)

ESCENA VIII.

EL CONDE y CÁRLOS.

CARLOS. Martin.
CONDE. Contento estarás!
CARLOS. Si.
CONDE. Ganamos la partida.
—Dime, y es grave la herida?
CARLOS. Un pinchazo nada mas.
—Facundo quiere venir
á satisfacer la queja
de Adela, si es que le deja
el cirujano, salir.

CONDE. Muy bien! eso es proceder
con honra!
CARLOS. Así me lo escribe;
pero Adela no recibe.
CONDE. Ves tú lo que es mi mujer?
—Ah!
CARLOS. Pero es justo que adviertas
que lo ignora.
CONDE. Como así?
CARLOS. Como es á tu amigo, á mí,
á quien se cierran sus puertas.
CONDE. Eso es bueno! Y cuáles son
las causas? cuando se atreve
á dar ese paso, debe
haber alguna razon...
CARLOS. Lo ignoro: como no sea
que han sabido aquella historia...
CONDE. Me hace daño esa memoria.
CARLOS. Permite que no lo crea.
CONDE. Vaya! cuando yo te digo
que la amaba y mucho!
CARLOS. Calla
CONDE. Y he tenido una batalla
toda esta noche conmigo!
CARLOS. Es posible!
CONDE. La traidora!
—Es, sin embargo, tan bella!
CARLOS. Pues bien, hombre! vuelve á ella:
ya sabes cuánto te adora.
CONDE. Eso no! aunque lo he sentido
en el alma, cómo quieres?...
CARLOS. Porque te vendió!...—Al fin eres
su amante, y no su marido.
CONDE. Aunque morirme supiera,
no he de verla, ya lo dije.
CARLOS. Á estas no se las exige
ni fidelidad siquiera.
Hay de la mujer leal
que cumple con sus deberes
á esas... fáciles mujeres,
lo que hay desde el bien al mal.
Era preciso estar loco

para dudar!—Mas que digo?
nadie duda! nadie, amigo!

CONDE. Quién sabe!

CARLOS. Ni tú tampoco.

CONDE. Permíteme que te arguya:
cuando yo he roto este lazo...
—Por qué á mi mujer rechazo?

CARLOS. Te lo diré: porque es tuya.
Hay quien sufriendo la pena
de ese error, porque esto pasa!
deja el amor en su casa
y busca el odio en la ajena.
Pero teme el desdichado
la rechifla...

CONDE. Esa es de ene.

CARLOS. Y es posible que hay quien tiene
vergüenza de ser honrado?
que fingiendo escepticismo,
de su honor en menosprecio,
por dar gusto á tanto necio
se escandaliza á sí mismo!

CONDE. Hombre! ó predícame á secas,
ó pon á tu celo un dique:
el que no peca, predique;
mas tú predicas... y pecas.
Por qué no me das ejemplo?
cuidado que es buen capricho!

CARLOS. Y qué importa, si te he dicho
cada verdad como un templo?

CONDE. Pero mayor fuerza adquiere
ó menor, segun el prisma...

CARLOS. La verdad siempre es la misma
dígala quien la dijere.
Pero á lo dicho te añado
que si Carlota no es firme,
yo por mí...

CONDE. Vas á decirme
tal vez...

CARLOS. Que nunca la he amado.
Te lo juro por mi honor.

CONDE. Te creo; pero lo extraño.

CARLOS. Quise darte un desengaño

y curarte de ese amor.

CONDE. De verás? con cuánto gozo
te escucho!—Mas cómo ha sido
conocer?...

CARLOS. Quién no ha tenido
sus locuras, siendo mozo?

CONDE. Bien! bien! recibió por fin
de su infamia el justo precio!
Ahora sí que la desprecio.

CARLOS. Compadécela, Martin!
Y compadece tambien
al que por curar tu impia
ceguedad, perdió en un dia
el amor que era su bien.

CONDE. No lo creo.

CARLOS. Á mi deseo
de verla, resiste acaso,
en tanto que yo me abraso.

CONDE. Te digo que no lo creo!...

(Dice el conde este verso, señalando á Sofia, que aparece en este momento por la puerta de la izquierda.)

ESCENA IX.

DICHOS y SOFIA.

CARLOS. Sofia!

SOFIA. Si, caballero!

CARLOS. No ves qué circunspeccion?

SOFÍA. Vengo á dar satisfaccion
de cierto insulto grosero;
porque... aunque usted me agraviase,
esto es suponer! con todo,
no se vengan de ese modo
las personas de mi clase.

CARLOS. No nació de usted quizás...

SOFIA. Cierto: ni por un momento
quisiera... Otro fué mi intento;
pero insultarle, jamás!
Nunca tuve esa intencion.

CARLOS. Asi yo lo he comprendido.

SOFIA. Y no lo hubiera sabido

á no decírmelo Anton.
Isabel en caso tal
procedió con poco acierto,
ó mi hermana, y es lo cierto,
debió explicárselo mal.
Mas como estaba enojada,
y solemos tener prontos...

CONDE. (Luego dirán que los tontos
no son buenos para nada!)

CARLOS. Pues ya que es usted tan buena...

SOFIA. Por cumplir con un deber?

CARLOS. Puedo á lo menos saber
por qué culpa me condena?

SOFIA. Hagamos punto...

CONDE. Sofia!
óyele.

SOFIA. (Más lo deseo
que él mismo.) Ya no le creo,
con que es una tonteria...

CONDE. No seas gazmoña: yo sé
que le oirás.

SOFIA. Qué desvario!

CONDE. Por último: yo le fio.
(Dirigiéndose á la puerta del fondo.)

SOFIA. Te vas?

CONDE. Si, hermana.

SOFIA. Por qué?

CONDE. Vendrá luego don Facundo
á excusarse.

SOFIA. Ese insolente?

CONDE. Y ya ves! fuera decente,
propio de un hombre de mundo
presenciar su explicacion?

SOFIA. No sé si querrá mi hermana
oirla.

CONDE. Si no se humana,
él cumple su obligacion. (Váse por el fondo.)

ESCENA X.

CARLOS, SOFIA.

SOFIA. Perdone usted! (Hace que se vá.)
CARLOS. Mi Sofia! (Deteniéndola.)
SOFIA. Yo de usted?
CARLOS. Es cosa clara.
SOFIA. Oh!
CARLOS. Me has costado muy cara
para dejar de ser mia.
SOFIA. Qué merece? mi desprecio!
CARLOS. Por qué es el enojo, dime?
SOFIA. Ó es un ejemplar... sublime
del hipócrita, ó es necio.
CARLOS. Para dejar sincerada
mi conducta, es todo poco:
perdóname, pues, si toco
á esta cuestion delicada.
Ayer me pediste ayuda,
y por cumplir tu deseo
hoy solo en tus ojos veo
la desconfianza y la duda.
SOFIA. No! si le dejan hablar
no le ahorcarán, no hay cuidado.
CARLOS. Me oyes?
SOFIA. Al fin, abogado!
no saben sino engañar.
—Qué profesion!
CARLOS. Y me alegro
de ejercerla.
SOFIA. Es usted franco!
hacer de lo negro blanco,
y hacer de lo blanco negro!...
CARLOS. No es ese el fin, ciertamente,
del que honrado la profesa.
SOFIA. No lo dispute usted: esa
es su virtud mas corriente.
Pero suele suceder
que con todo su descaro
se encuentra muda ante el claro

instinto de una mujer.
Y es fuerte cosa rendir
las armas; caso estupendo...

CARLOS. No prosigas: ya comprendo
lo que me quieres decir.
—No te explicó ayer tu amante
lo que hoy causa tus enojos,
por ocultar á tus ojos
una escena repugnante;
y el que la ha osado poner
en tu noticia, Sofia,
ó no vió que te ofendia
ó te ha querido ofender.

SOFIA. Sigue.

CARLOS. Del conde el error
pide remedios supremos.

SOFIA. Adelante.—Aquí tenemos
al diablo predicador.

CARLOS. Alejado de su esposa...

SOFIA. Por odio!

CARLOS. No diré tanto:
le adormecia el encanto
de una mujer peligrosa.
Buscando contravenenos,
hallé el remedio pedido.
Yo, Sofia, nunca he sido
un santo, ni mucho menos.
Antes que mi corazon
te diera, hallé una criatura
de peregrina hermosura
y escasa reputacion;
mas verte y borrar la huella
de un momentáneo extravio,
todo fué uno.

SOFIA. (Cárlos mio!)

CARLOS. Pero no quedó por ella.

SOFIA. Cómo!

CARLOS. Persiguióme en fin,
ó por cariño, ó mas bien
picada de mi desden,
hasta que la vió Martin.
Procurando ayer las paces,

la escribí diciendo: «Quiero
borrar mi error pasajero
si mis celos satisfaces:
y como no te se esconde
que sé todo lo que pasa,
como dueño de tu casa
quiero recibir al conde.»

SOFIA. Y qué mas?

CARLOS. Que respondió
conforme á nuestro deseo.

SOFIA. Al tuyo!—No, no! te creo!

CARLOS. Y allí el conde me encontró.
Ella le mostró desvio,
Martin gritó como un loco!
—Si te digo que por poco
para aquello en desafio!...
Corrido de aquella afrenta,
se refugió donde estaba
el imán que le llamaba,
mas sin darse de ello cuenta.
Presa de angustia mortal
anoche vió, sin querer,
en tu hermana, á su mujer
y en don Facundo, un rival.

SOFIA. Y ese infame?

CARLOS. De su exceso
no le culpes: desgraciado!

SOFIA. Cómo no?

CARLOS. Yo le he impulsado
contra Adela.

SOFIA. Y por qué es eso?

CARLOS. Quise... y la intencion fué sana,
pero acaso fué imprudencia,
lastimar su independencia:
pretendo, en fin, que tu hermana,
—y esto si me lo perdono
es por la necesidad,
—sienta su debilidad
y conozca su abandono.

SOFIA. Ya!

CARLOS. Y el otro, frente á frente,
sin preparacion ninguna,

la ha avergonzado con una
declaracion insolente.
Como Adela se ofendió,
la dijo, en tono de chanza:
«Qué quiere usted! la balanza
de este lado se inclinó.
Ella nunca está en el fiel:
ó vence Dios, ó el demonio,
y quien rompe el matrimonio
algo busca fuera de él.»

SOFIA. Como un villano ha mentido!

CARLOS. Como siempre: eso te altera?
pues seria la primera
honra en que hubiese creido.
—Ahora bien, qué es lo que gana
mi afan? aun culpas mi exceso?

SOFIA. Ay! Cárlos! Carlos!

CARLOS. Qué es eso?

SOFIA. Lo que me cuesta mi hermana!

CARLOS. Crees?

SOFIA. No sé si creer...

CARLOS. Harás que me ponga serio.

SOFIA. Lo mandas con tanto imperio
y es tan grato obedecer!...
(Alargándole una mano.)

CARLOS. En eso estaba el remedio
del mal; estás convencida?

SOFIA. Mas no vuelvas en tu vida
á recurrir á ese medio.

ESCENA XI.

DICHOS y ANTON.

ANTON. (Hola! aun está aqui el galan...
y ella!)

CARLOS. Era grande el apuro.

SOFIA. Me lo juras?

CARLOS. Te lo juro.

ANTON. (Qué amartelados estan!) (Acercándose.)

SOFIA. Ah! (Viéndole.)

ANTON. (La bilis se me exalta!)

Primita!...

SOFIA. Gracias, Anton.

ANTON. De qué?

SOFIA. Me has dado ocasion
de reparar una falta.
Á no ser por tí...

CARLOS. Asi es.

ANTON. (La cólera me domina!
si estuviera en mi oficina...)
Prima, beso á usted los pies.
(Al dirigirse al fondo, se encuentra con D. Facundo, que entra con un brazo vendado.)

ESCENA XII.

DICHOS y D. FACUNDO.

FAC. Beso la mano...

ANTON. Hasta luego.

FAC. (No está mi hermosa enemiga.)

ANTON. (Si hay alguno que me diga (Desde la puerta.)
que no soy tonto... le pego!) (Váse.)

CARLOS. Don Facundo.

FAC. Señorita,
supongo que ya advertido
Carlos, habrá prevenido
á Adela de mi visita.
Es mi objeto reparar
una falta...—No la niego
ni la excuso: estaba ciego...

SOFIA. Basta: la voy á avisar.
(Con gravedad y marchándose por la izquierda.)

ESCENA XIII.

CARLOS, FACUNDO, luego FRANCISCO.

FAC. Has visto qué ceño?

CARLOS. Si.

FAC. No siendo ella la agraviada,
no sé por qué está enojada!

CARLOS. (Tanto peor para tí.)

FAC. Y tú has visto á la condesa?

CARLOS. No.—Con que saliste al cabo...

FAC. Colorado como un pavo!
no he vuelto de mi sorpresa.
CARLOS. Con que te plantó...
FAC. Eso es.
—Estará hecha un basilisco.
FRANC. Me encarga el ama...
(Sale por la izquierda, y se sobrecoge por un momento al ver á D. Facundo: inmediatamente despues se vá corriendo por la puerta del fondo.)
FAC. Francisco!
FRANC. Ah! (Para qué os quiero, pies!) (Váse.)
CARLOS. Qué es eso?
FAC. Pillo! truhan!
CARLOS. Facundo!
FAC. Ese desalmado,
es el mismo, es el criado
que me dejó hecho un Adan.
CARLOS. Vaya! y por eso das voces?
FAC. Que no hay razon, te parece?
CARLOS. Ese mozo, pertenece
al mundo que tú conoces.
FAC. Me ha sido muy desleal.
CARLOS. Lo extrañas?
FAC. Pero con todo...
CARLOS. Á servirte de otro modo,
te hubiera servido mal.

ESCENA XIV.

DICHOS y SOFIA por la izquierda.

SOFIA. Don Facundo?
FAC. Señorita?
(Vamos! ni aun me quiere ver!)
(Ap. á Cárlos.)
SOFIA. Me encarga Adela que le hable
en su nombre.
FAC. Bien! y qué?...
SOFIA. Dice... que el agravio olvida.
FAC. Y me perdona?
SOFIA. Eso es
sobre poco mas ó menos

lo que me ha dado entender.

FAC. Con un pobre arrepentido
se mostrará tan crüel?

SOFIA. Dice que acepta la excusa,
mas que siente no poder
escucharla: está indispuesta.

FAC. Nunca me perdonaré
el momento de extravio...
en fin, á los pies de usted!
(Esta puerta se ha cerrado.)

CARLOS. Y te vas!

FAC. Pues qué he de hacer?
Y luego, voy á dar pasos
para atrapar á ese pez.
(Saluda y váse por el fondo.)

ESCENA XV.

SOFIA, CÁRLOS; luego el CONDE.

SOFIA. Qué es eso?

CARLOS. Que el criado nuevo...

SOFIA. Quién; el primo de Isabel?

CARLOS. El mismo: es el que ha robado
á Facundo.

SOFIA. Podrá ser!

CARLOS. Y no se llama Tomás,
por lo visto.

SOFIA. Entonces, qué es
la carta de vecindad?
qué significa?

CARLOS. Un papel.

SOFIA. Señor! con que eso es decir
que estabamos á merced
de un tuno!

CARLOS. Y de una bribona,
porque la moza tambien...

CONDE. Hola! acabó ya el enfado?
se amansó? (Á Cárlos.)

SOFIA. Qué habia de hacer!
es Cárlos muy elocuente...

CONDE. Dió razones...

SOFIA. Y despues...
venia yo muy dispuesta
á dejarme convencer.
CONDE. Y Adela?
SOFIA. En su tocador
estaba: si quieres que
(Tirando del cordon de la campanilla.)
la avise que estás aqui...
CONDE. De ningun modo. (Sale Isabel.)
SOFIA. Isabel?
ISABEL. Señorita? (No me llega
la camisa al cuerpo!)
SOFIA. Vé
á avisar á la señora
que el conde la quiere ver. (Váse Isabel.)
CONDE. Yo no he dicho...
SOFIA. Pero yo
lo he presumido.
CONDE. No ves?
(Volviéndose hácia Cárlos.)
CARLOS. Y tras de aquella ocurrencia
de anoche, ya es un deber...
(Dirigiéndose hácia la puerta del fondo.)
SOFIA. Cierto.
CONDE. Pero no te vayas,
Cárlos! oyes?
CARLOS. Volveré.
(Sofia le va acompañando hasta la puerta, y ambos permanecerán en ella hablando hasta la salida de Adela; en ese momento se vá Cárlos, y Sofia se sienta delante del velador, haciendo que dibuja, pero sin perder nada del diálogo.)
CONDE. Siento una emocion! qué es esto?
pero ya sé lo que es!
es que estoy enamorado...
no quiero decir de quien.
—Si obedeciera...—Eso nunca!
para que digan despues:
«El conde ha dado un escándalo!
se ha unido con su mujer!»
Porque no hay que darle vueltas,
señor! será una sandez,

pero ello es que hay que vivir
con la sociedad, y... á ver!
vaya usted á convencerla
de su error! si! vaya usted
á decirla: «Esa opinion
es una ridiculez.»
Le contestará con una
rechifla!—La verdad es
que hay que respetar al mundo,
vaya mal ó vaya bien.

ESCENA XVI.

DICHOS, y ADELA, en traje de casa muy elegante: entre sus adornos, traerá un dije pendiente de una pulsera.

ADELA. Siento haberte hecho esperar,
Martin, este breve instante.
CONDE. Sabes que estás elegante?
(Despues de contemplarla un momento.)
(Es cosa particular!)
Vamos, si no puede ser...
ADELA. Mas de que te has admirado?
CONDE. De lo mucho que has cambiado.
ADELA. Yo he cambiado?
CONDE. Desde ayer.
No te conoció el marido
esa cara ni ese talle.
Qué! si te encuentro en la calle,
no te hubiera conocido.
ADELA. Has visto? (Á Sofia.)
SOFIA. Vamos! responde
agradecida.
ADELA. Ay, Sofia!
todo eso es galanteria,
que es muy fino el señor conde.
SOFIA. (Por algo se empieza.)
ADELA. En fin,
ya sé y agradezco al cielo
que has salido de ese duelo
con felicidad, Martin:
que has castigado...
CONDE. No es cosa...

ADELA. Á un libertino vulgar
que se ha atrevido á insultar
á mujer que fué tu esposa.
No volverá... ya lo creo!
me creia abandonada
el bribon...—Si! si!

CONDE. Qué airada
contra ese pobre te veo!

ADELA. Dejaste de ser mi esposo,
mas no olvidarás que un dia...
—Sabes que no te creia
tan bueno y tan generoso?

CONDE. Yo bueno?

ADELA. Si: no soy terca,
y digo que me he engañado.
Desde que te has alejado
de mí, te veo de mas cerca. (Pausa.)
—No esperaba, amigo mio,
verte hoy.

CONDE. Si; de ningun modo
debí venir, sobre todo,
despues de ese desafio.
Mi celo por tu salud
me trajo; te lo prevengo:
no vayas á creer que vengo
á pedirte gratitud.

ADELA. Quién quieres que lo atribuya
á esa causa?

CONDE. Quién? cualquiera.

ADELA. Solo el que no conociera
la delicadeza tuya.

CONDE. Si es verdad lo que te escucho,
sin duda me he vuelto un santo
entre las manos.

SOFIA. No tanto!
pero has mejorado mucho. (Pausa.)

CONDE. Hoy... te dejo.

ADELA. Si? (Conmovida.)

SOFIA. (Á que no!)

ADELA. Y por qué tan de repente?
nadie te obliga...

CONDE. (Lo siente!

—Ay! pues si lo siento yo!)

SOFIA. Es necesario estar loco.

ADELA. Sin una causa precisa...

CONDE. Ya ves!...

ADELA. Yo no tengo prisa.

CONDE. Lo que es prisa, yo tampoco.

SOFIA. Pues entonces...

ADELA. Ese afan
no está muy justificado.

CONDE. Pero como se ha fallado
nuestro pleito! el qué dirán...

ADELA. Si así tu honor comprometes,
yo del mio soy esclava.
(Con impaciencia y sequedad.)

SOFIA. (Si me valiera, les daba
tres docenas de cachetes.) (Pausa.)

CONDE. Qué es eso? (Reparando en el dije.)

ADELA. Una chucheria!
un dije con mi cabello:
el mismo que llevó al cuello
el hijo del alma mia!
(El conde se inclina y besa el dije.)

CONDE. Pobre Arturo! qué temprano
dejó los mundanos bienes!

SOFIA. Qué te paras cuando tienes
su mano tan á la mano?

ADELA. Callará esta bachillera?

SOFIA. Pues no digo bien? (Levantándose.)

ADELA. Te juro...

SOFIA. Otra cosa quiere Arturo:
mejor holacausto espera. (Acercándose á ellos.)
Que volvais de vuestro error,
que recupereis la calma,
esto es lo que os pide el alma
del hijo de vuestro amor.
Martin! Adela! esas manos!
(Cogiéndoselas y procurando reunirlas.)

ADELA. Me agravió!

SOFIA. Más en mi abono.
Hay mas que decir, perdono?
ó somos ó no cristianos!
(El conde besa la mano de Adela, y ambos se miran

con ternura.)

ADELA. Hijo mio! á tu memoria
debo la dicha presente!

SOFIA. Eso os pidió el inocente
que os mira desde su gloria.

(En este momento sale Cárlos por el fondo, y al verle se retira el conde de Adela, manifestando confusion.)

ESCENA XVII.

DICHOS y CARLOS.

ADELA. Quién viene?

CONDE. Cárlos!

CARLOS. Comienza
nueva vida?

CONDE. Habrás creido...

CARLOS. Si: que estabas derretido
y que te ha dado vergüenza.
—Siempre la misma cancion!
Martin, por qué ese embarazo?
Ratifica en un abrazo
vuestra reconciliacion.
(El conde corre hácia Adela y la abraza con pasion.)
Se acabaron los enojos?

CONDE. Y hoy mas que nunca confieso
que la amo.

ADELA. Yo tambien.

SOFIA. Si eso
está saltando á los ojos!
—Hermana! mi parabien!
Pero algo falta.

CONDE. Qué falta?

SOFIA. Qué? que digas en voz alta:
«Yo soy un hombre de bien!»
Que se arraigue entre los dos
la fé, la paz!

CONDE. Si, bien dices!

SOFIA. Y que no te ruborices
de hacer lo que manda Dios.

FIN DE LA COMEDIA.

Habiendo examinado esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada. Madrid 8 de Diciembre de 1863.

El Censor de Teatros,

Antonio Ferrer del Rio.

S. Lorenzo. (Escorial.)	S. Herrero.
Santander.	P. Basañez.
Santiago.	B. Escribano.
Santo Domingo de la Calzada.	J. Cirugeda.
Segovia.	J. Sancho Pulido.
Sevilla.	F. Alvarez y Comp.
So ia.	F. Perez Rioja.
Talavera de la Reina.	A. Sanchez de Castro.
Tarazona de Aragon.	P. Veraton.
Tarifa.	J. Moriano Piñero.
Tarragona.	M. Sol.
Tarrasa.	P. Viñas.
Teruel.	A. Lázaro.
Toledo.	J. Hernandez.
Tolosa.	F. Artola.
Tordesillas.	C. Gutierrez Matallana.
Toro.	A. Rodriguez Tejedor.
Tortosa.	M. Bes Hediger.
Torrevieja.	A. Vela.
Trujillo.	A. Herranz.
Tudela.	M. Izalzu
Tuy.	M. Martinez de la Cruz.
Ubeda.	C. Treviño.
Utrera.	J. Ramos.
Valencia.	F. de P. Navarro.
Valdepeñas.	A. Garcia Fernandez.
Valladolid.	D. Jover.
Valls.	R. Voltas y Moraga.
Velez Blanco.	A. Fernandez Rubio.
Velez Málaga.	E. Casamayor.
Velez Rubio.	A. Fernandez Rubio.
Vich.	J. Soler.
Vigo.	M. Fernandez Dios.
Villafrca. del Panades	M. Reguart.
Villafranca de los Barros.	M. Martinez.
Villanueva y Geltrú.	L. Creus.
Villaro.	T. Astuy.
Villena.	J. Munoz Ferris.
Villaviciosa (Asturias).	B, de la Ballina.
Vitoria.	S. Hidalgo.
Vivero.	F. Salgueiro.
Zafra.	A. Oguet.
Zamora.	M. Conde.
Zaragoza.	M. Diaz.

La Administracion se halla establecida en la calle de Calderon de la Barca, número 4.

611804

Obras del mismo Autor que se hallan en la Administracion lírico-dramática.

La bondad sin la experiencia (comedia).
Un duelo á muerte (drama).
Venganza catalana (drama).
Eclipse parcial (comedia).

ZARZUELAS.

Cegar para ver.
El Grumete.
La vuelta del Corsario (segunda parte del Grumete).
Galan de noche.
Llamada y tropa.
Azon Visconti.
Dos coronas.
La caceria real.
La tabernera de Lóndres.
Un dia de reinado.

UNIVERSITY OF B.C. LIBRARY
79

611804

Obras del mismo Autor que se hallan en la Administracion

University of British Columbia Library

DUE DATE

ET—6

UNIVERSITY OF B.C. LIBRARY
3 9424 03768 5879